

53

QUINO.
Lucio y Moyrón

Quien me compra un lio?



Biblioteca
Fina Nacional



MARUJA TOMÁS
MARIA TAMAYO
FAUSTINO BRETANO
VILLASIU
ALADY

Editorial **"Alas"**

Josep de Batlle y Arguiz



AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARRADA, 14 y 16
BARCELONA

CASOS, 8
MADRID

Desarrollados los derechos de
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.

Valencia, 234 - Teléfono 76657

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:
Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Aperidea 707 - Teléfono 79457
BARCELONA

AÑO III

Núm. 20

¿QUIEN ME COMPRE UN LIO?

ADVIERTO al caro lector que esta novela debe tomarse en pequeñas dosis. Entera produce desastrosos efectos. El lio que jamás haya podido soñar lo hallará en estas páginas que no han vuelto loco al modesto relator por un milagro y porque además he querido terminar la obra para solaz y franca carcajada del que la leyere. Las situaciones más inverosímiles, el chisfemenos pensado y el final inesperado, hacen de esta novela el mejor remedio contra la tristeza y el abatimiento.

CREACIÓN DE **MARUJA TOMAS**

SUPERPRODUCCIÓN NACIONAL:

Calle del Mar, 60
VALENCIA



Calle Valencia, 233
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Mary</i>	MARUJA TOMÁS
<i>Luisa</i>	María Tamayo
<i>Desiderio</i>	FRUSTINO BRETANO
<i>Nicomedes</i>	Luis Villasil
<i>Hipólito</i>	Luis Heredia
<i>Ruperto</i>	Alady
<i>Don Olegario</i>	Alejandro Nolla

Producción:

NURIELANO CAMPA

Dirección:

IGUINA

Según la obra de

Lucio y Moyrón

Cámara:

Emilio Fariscot y
Sebastián Perera

Vestuario de

Salby

Música:

Maestro Ferrer

¿QUIEN ME COMPRE UN LIO?

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

PETICION MATRIMONIAL

EXISTE un mandamiento de la Ley de Dios que dice: el octavo, no mentirás. Aunque los pobres mortales, desafiando la justicia divina, hacen mofa de tan sabia Ley y a cada momento burlan el precepto que debería ser sacrosanto para todos. Aunque parezca que a simple vista una mentira, por inocente que se la quiera catalogar, no acarrea perjuicios a nadie, siempre, aunque así sea, no deja de defraudar a la persona engañada, que más tarde o más temprano se da cuenta de que su buena fe ha sido sorprendida, viniendo con ello el recelo del engañado y muchas veces perdiendo su amistad, cuando no algo de mayor importancia, como es por

ejemplo una fortuna, si se trata de algo material.

Este era el caso de un comerciante, que ante el temor de verse arruinado, no tuvo reparo en engañar a su hermano que, con seguridad, al saber la verdad de todo, hubiera depuesto su actitud un tanto injustificada y no hubiese pasado nada. Pero, sin el lio que armó Desiderio, que así se llamaba el héroe de esta novela, ella no existiría.

El caso es que Desiderio tenía un negocio muy bonito. Establecido en la ciudad de Barcelona, a costa de un hermano suyo que vivía en América, rico por añadidura (por lo visto todos los tíos y hermanos de uno, se hacen ricos en aquel país),

costeaba todos los gastos de éste, que logró montar un estupendo bar, aparte de una soberbia pista de baile, donde los más renombrados artistas internacionales se detenían unos días para dar más popularidad al establecimiento que Desiderio había bautizado con el pomposo nombre de Monterrey.

Separado Desiderio de su hermano, que más listo que él, decidió un buen día marcharse en pos de la fortuna, que por cierto le sonrió en «grosso modo», pensó cómo agenciárselas para ir viviendo de la mejor forma posible, y para ello sostuvo correspondencia con el hermanito que siempre se hacía el «sordo» a las súplicas que recibía.

Cierto día, el hermano recibió una carta en la que Desiderio le comunicaba que iba a contraer matrimonio, de lo que se alegró mucho, y unos meses después supo que iba a ser tío. Entonces fué cuando el hermano, tocado en su fibra sensible no tuvo ningún inconveniente en ayudar a Desiderio, pero con la condición de que el recién nacido fuera varón, y en efecto, un telegrama le hizo saber que Desiderio había sido padre de un hermoso niño.

Nunca pudo pensar el padre que el pequeño (?) engaño fuera descubierto; mediaba mucha agua por medio y como su hermano era ya

un poco viejo, a lo mejor se moría sin tener tiempo de saber la verdad; porque Desiderio tenía una hija...

El dinero que recibió de su hermano lo empleó en aquel local montado con todos los adelantos y en el que se ganaba muchas pesetas, más de las que nunca se hubiera imaginado. Porque la verdad es que Desiderio era el prototipo del hombre de pueblo. Tocado con su gorra, que no dejaba ni para irse a la cama, cuadraba muy mal con el ambiente aristocrático del lugar donde vivía. Siempre iba vestido con la más completa humildad y únicamente su hija, que cuando la conocemos es ya una hermosa jóvencita, era la única que vestía elegantemente y realzaba un mucho el tono del casino «Monterrey».

En nada había parado Desiderio. Con el dinero que temporalmente recibía de su hermano, contrataba a los más afamados artistas y la orquesta que tenía era exclusivamente para tocar en aquel local, que a pesar de su nombre era una completa visión de un cortijo andaluz. Todo pintado de blanco, con sus jardines repletos de olorosas flores y en lo alto la vivienda decorada con mucho gusto, donde Desiderio pasaba casi su vida sin atender a más que no fuera el negocio.

Desiderio, además, se había tomado mucho interés en tener a su lado personal que fuera de su más completa confianza. Como jefe de bar y casi como otro hermano, tenía a Hipólito, un caballero seco y estirado, que desde el principio de fundar el negocio estaba a su lado y que, por cierto, cumplía a satisfacción su cometido.

Hipólito era madrileño de pura cepa y aunque siempre rodeado de personas de refinada elegancia y suprema distinción, no por eso podía dejar su tono «chulón», que siempre salía a relucir cuando estaba alterado o simplemente de humor. Era un aficionado al arte, y éste en cualquier cosa lo hallaba; lo mismo admiraba una sinfonía de Mozart que se complacía en los estridentes ruidos que formaba la orquesta de música moderna cuando ensayaba en la pista de Monterrey.

Por lo mismo, gustaba de irse por la mañana, cuando todavía nadie había acudido al bar, a escuchar a los músicos que cuidaban de una pulcra representación de las piezas que a la noche deberían ejecutar.

Así, pues, Hipólito, siguiendo el compás de la música con la cabeza, dióse cuenta, aquella luminosa mañana de mayo, que a pocos pasos de él una mujer que se cuidaba de la limpieza movía también rítmica-

mente sus caderas al tiempo que fregaba la pista de baile. Hipólito miró primero con desprecio aquella especie de tentación, pero luego, aun contra de su voluntad, no tuvo más remedio que fijar su atención en aquellos movimientos que nada tenían que envidiar a las descendientes de Hawái.

Entre tanto, en las habitaciones del aristocrático «Monterrey» estaba ocurriendo algo de trascendental importancia. Luisa, o sea la hija de Desiderio, estaba siendo solicitada en matrimonio por Ruperto, un muchacho calavera que se había prendido de los ojos negros de la linda niña, pues era todavía muy joven, y que a toda costa quería casarse con Luisita, aunque sólo tuviera que comer pan y cebolla.

Desiderio, como hombre de pueblo y por tanto muy bonachón y sin pizca de mala fe, aunque a veces no lo pareciera, no tuvo ningún inconveniente en acceder a las pretensiones de Ruperto; y Luisita, con el corazón latándole a cien por hora, bajó las escaleras que conducían a la pista, y hallándose con Hipólito le dijo atropelladamente:

—¡Ay, qué emoción, Hipólito...! ¡qué sensación de sofoco!

—Pero, señorita Luisa... ¿qué le pasa a usted?—preguntó extrañado el camarero.

—¡Qué me va a pasar, Hipólito!
¡Que me están pidiendo!

—¿El qué?—volvió a preguntar Hipólito, escamado.

—¿Qué me van a pedir, zoquete?
¡Mi mano!... Lo mismo que tú se la pedirías a tu mujer para casarte.

La emoción de Luisita era muy fuerte, sólo comparable al cemento portland, y mientras así iba diciendo a Hipólito, al que también tenía como un hermano, saltaba y brincaba como una cabrita en medio del monte.

Todavía Desiderio y Ruperto se hallaban en el piso tratando de lo que interesaba tanto a Luisita, y el afortunado galán no hacía más que jurar y perjurar que él sería el único que haría a Luisa feliz y que vivirían la mar de bien. Desiderio, con la boca abierta ante tanta seguridad, se le cala la baba, al tiempo que Ruperto le decía:

—Esté usted seguro de que sabré hacerla feliz, don Desiderio.

—Eso sí que de verdad te lo estimaré, hijo...

—Haremos una pareja ideal...
—seguía diciendo Ruperto.

Y ya ante tantas seguridades Desiderio no tuvo ningún inconveniente en ratificar lo que ante su hija había dicho.

Mientras bajan los escalones que conducen a la pista, Ruperto, con

una alegría inmensa, dice a Desiderio:

—En un vuelo voy por mi padre, y aquí nos tiene en seguida para la ceremonia familiar...

—Tendremos mucho gusto en conocerlo personalmente, ¿verdad, Luisa?—pregunta a su hija, pues ha llegado ya junto a ella.

—Muchísimo, padre—responde aquélla.

—Tendrán que disculparle su natural rudeza, porque el hombre en sacándole del negocio de las carnes...

—No te preocupes. Para nosotros es tu padre, y un padre... siempre es un padre, por rudo que sea...

—Y, por ordinario—añade Luisa.

—¡Luisa!—vocifera don Desiderio, porque sabe que su hija dice aquello porque muchas veces a él le ha dicho que no cuadra para aquel lugar y que un hombre de su categoría debería ser algo más pulcro en el vestir y en el comportamiento.

Ruperto va, pues, a buscar a su padre para hacerle saber que por fin ha sentado la cabezota y que piensa formar un hogar, aunque antes prefriere hacer mil zalemas a su novia y agarrándole la barbilla le dice:

—Adiós, chatilla mía.

—Adiós, Ruperto.

Los dos tórtolos caminan hacia la puerta jurándose mil veces amor

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?

eterno y fidelidad a toda prueba, como si se tratara de un arca de caudales, y cuando ya van a despedirse con un beso dulce y largo como una película de jornadas, aparecen tras ellos los músicos que tocan la mar-

cha nupcial, preludio de una boda que tardaría mucho en celebrarse y no porque los interesados no quisieran, sino porque Desiderio iba a armar un lio que iba a necesitar una devanadera para desliarlo.

UNA CARTA PEOR QUE UNA BARAJA

HA marchado Ruperto corriendo como alma que lleva el diablo en busca del autor de sus días para llevarlo hasta donde con ansia espera su novia, y que muy pronto, según él cree, será su mujer, y mientras él corre desesperadamente por las calles, Luisa cuida de ir arreglando la casa de la mejor forma posible para que cuando llegue su futuro suegro la encuentre confortable y pueda lucir sus habilidades como bordadora, planchadora y, en fin, todas esas cosas que dicen las mujeres que saben hacer antes de casarse y que una vez han pescado al marido, resulta que no saben freír un huevo.

Subida en lo alto de una silla va poniendo cortinitas por todas las

ventanas (a las mujeres les gusta mucho poner cortinas en todos los sitios porque así se disimulan los cristales sucios) y cuando satisfecha de su obra baja, pregunta a su padre:

—Está quedando una casa monísima, ¿verdad, papá?

—¡Oh... sí... eres una artista!

Desiderio no entiende nada de todo aquello, pero le parece que es de un gusto exquisito y no puede decirse en efecto que sea feo, pues los muebles, que le han costado al respetable padre una suma importante, cuidan de dar a las habitaciones un lujo esmeradísimo.

Así mientras Luisa cuida de poner los más nimios detalles en el hogar, aparece un nuevo personaje que se queda mirando, primero asombrado de aquel desusado movimiento y lue-

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?

go sin darle mucha importancia sabida:

—¡Felices, respetable familia!

—¡Pero, chico!... ¿cómo? ¿tú por aquí?—responde Desiderio.

—¡Querida prima!—chilla el recién llegado dirigiéndose a Luisa.

—¿Qué hay, querido tarambana?—pregunta aquélla.

—Un permiso que he conseguido en la Academia Militar. Por eso vengo de paisano, pero me he traído el uniforme porque hay que repasarlo un poquito, y como sé la habilidad de mi querida prima...

Vamos a presentar al recién llegado. Se trata de un sobrino de Desiderio, el cual le costea la carrera militar, aunque el jovencito lo hace tan bien que se patalea los cuartos que deben servirle para sus estudios.

Para él, Desiderio es la mina que vuelca con magnanimidad inagotable sus tesoros y sin temor a perder el filón sacude cada sablazo que tiemblan hasta los cimientos de la casa, mas la mina no cesa de derramar su precioso «maná», en primer lugar porque Desiderio es un pedazo de pan y luego porque Luis, cuando va a visitar al tío, pone en orden las cuentas de la casa, de lo que Desiderio no entiende mucho y a pesar de su aversión por los números no tiene más remedio que llevarlo todo muy clarito porque si algún día a su

hermano se le ocurre pedir cuentas sabe que debe tenerlas muy ordenaditas.

En efecto, la llegada de Luis alegra al tío, que inmediatamente le dice:

—Mira, pues celebro que hayas venido; tengo la contabilidad muy atrasada; además, hoy es día de grandes acontecimientos...

—¿Qué ocurre?—pregunta curioso Luis.

—Que hoy es la petición de mano de Luisita—explica Desiderio henchido de gozo, casi con más que Luisita, que no cabe dentro de la piel.

También el primo se alegra de la noticia, y estrechando efusivamente la pequeña mano de Luisa exclama:

—¡Hombre... mi enhorabuena!

—Ya era hora de que se decidiera ese pelmazo, ¿verdad?—apunta Desiderio.

—¡Vaya que sí! ¡Eso ha de celebrarse!—advierte Luis, que en eso de celebrar es el número uno en todos sitios, mas para dejar a su tío contento se apresta a trabajar un ratito diciéndole: ¡Ea! Y ahora, en un vuelo, pongo en orden la contabilidad y le despacho el correo, que es lo que me toca hacer siempre que vengo a esta casa.

En efecto, Luis vase dispuesto a garrapatear un poco en los libros de

su tío a tiempo que éste le dice orgulloso:

—¡Eres un torbellino!... pero hoy no me faltas a comer.

—Sí, puede usted estar seguro de ello—remeda Luisa, pues sabe que su primo siempre promete quedarse, pero cuando menos se lo piensan desaparece, y aun para mejor asegurarse le amenaza:

—Si no comes con nosotros no te repaso el uniforme.

—Seguro, mujer... completamente seguro—ratifica Luis, que al quedar solo termina—...Completamente seguro que no me quedo.

Tan pronto su tío y su prima han desaparecido del despacho, Luis empieza a tomar al azar las cartas que en perfecto desorden yacen encima de la mesa sin que su destinatario haya tenido la molestia de ver si quiera los remitentes. Imagínese, pues, el lector que si a Desiderio no le interesaban, menos le iban a interesar a Luis, que ahora va tomando ésta, ora aquella y por fin una de ellas parece que logra cautivar por un instante su atención, pero no, la deja como a las demás, mientras se entretiene en silbar una tonadilla popular, que rápidamente corta para volver a aprisionar, ahora ya francamente asustado la carta que dejara. La lee con parsimonia primero, con rapidez después, y su cara va tor-

nándose livida a tiempo que exclama:

—¡La hecatombe!... ¡El delirium!

Sigue leyendo, e Hipólito, que pasa por el pasillo, al oír semejantes exclamaciones penetra en el despacho preguntando:

—¡Caray!... ¡don Luis!... ¿qué pasa?

—¡Pobre tío Desiderio! —se lamenta Luis.

—¿Qué le ocurre?—inquire Hipólito un tanto asustado.

—¡Que dentro de pocas horas se va a quedar en la miseria!—explica Luis.

—¡Amos, anda!... Pues no se gana dinero ni ná con este establecimiento!—arguye dubitativo el camarero.

—Sí, se gana... pero como este negocio está en nombre del hermano del tío Desiderio y este hermano llega hoy, según se anuncia en esta carta, todo se va a rodar... ¡Es la catástrofe! ¡La ruina!

A Hipólito le cuesta entender todo aquello, en primer lugar porque no ve motivo alguno para que Desiderio se quede en la ruina y mira con cierta duda al sobrino murmurando:

—Pero... porque venga el hermano...

—Y se entere de lo que ha pasado aquí... se arma el lío padre...

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?

Luego Luis calla unos instantes pensando en la forma de dar la acia-ga nueva a Desiderio, pero desiste de ello y dice:

—Yo no tengo valor para darle esta noticia a mi tío... entrégale esta carta, y si pregunta por mí que no me espere.

Después de dejar el encargo a Hipólito se marcha como si temiera que la casa pudiera caerle encima. En efecto, el lio que se iba a armar podría registrarse en los anales de la historia, y como Hipólito todavía sigue sin entender ni jota de todo aquello, opta por ir en busca de Desiderio y darle la carta a ver qué efecto le causa.

No tiene que molestarse en buscarle, porque Desiderio va a ver lo que su sobrino le dice y se encuentra con el camarero, que le mira con aire un si es no en idiota hasta que tiene que preguntarle:

—¿Qué haces aquí como un pasmarote?

—Su sobrino Luis me ha dado esta carta para usted...

Desiderio toma el papel y a medida que lo lee su rostro se va descomponiendo hasta quedar amarillo como el aceite de ricino. También como Luis exclama:

—¡El caos! ... ¡La ruina!...

Desiderio abandona el despacho y tambaleándose como un beodo va

corriendo por el pasillo agitando la carta y gritando:

—¡Esto es la necrópolis!

La actitud del pobre hombre ha causado un gran temor a Hipólito, que teme que su amo se haya vuelto loco, y por lo mismo le grita:

—¡Don Desiderio! ¡Don Desiderio! ¿Qué pasa?

Mas aquél no le hace caso, sigue su carrera por todo el piso tropezando aquí, cayéndose allá y llamando a grandes voces:

—¡Luisa... Luisa... hija mía!

Entra Desiderio en el salón donde su hija se halla cosiendo el uniforme de su primo y ante los desaforados gritos de su padre se levanta asustada y le pregunta:

—¿Qué te ocurre, papá?

Desiderio no habla porque la emoción que tiene le ha paralizado la voz; busca una silla donde dejarse caer, pero por lo visto la encuentra poco segura para sostener el batacazo que piensa darse y corriendo se desploma en un sofá, mientras Hipólito le da afectuosos golpes en la cara diciéndole:

—¡Don Desiderio!... ¡Vuelva usted en sí!

—¡Papá! ¡Papá!

—¡Yo le doy una taza de café!

—Indica Hipólito, y sólo con eso abre los ojos el desmayado, que haciendo un gesto de repulsión dice:

—¡¡No!... ¡Que esta partida ha salido muy mala!

Poco a poco va serenándose y bufa como si estuviera poseído de un cansancio enorme. No quieren preguntarle nada más hasta que se halla más sosegado y cuando Luisa comprende que podrá saber algo le pregunta:

—Pero ¿qué te sucede, papá?

—Mi hermano Nicomedes, que me escribe desde X, donde ha desembarcado, y que llega hoy aquí... al enterarse de que lo he engañado me exigirá que le devuelva todo lo que es suyo... ¡y esto es la ruina!

Luisa queda anonadada por la declaración, y como pensando que aquello les está muy bien empleado por su falta de franqueza, responde:

—Ya te he dicho muchas veces

que debíamos haberle dicho la verdad.

—Eso era imposible... ya sabes tú el carácter que tiene mi hermanito y su manía de que mi vástago fuera un varón.

—¿Y a qué es debida esta estúpida preferencia por el sexo masculino?

—¡Ah!... No puedo explicártelo. El caso es que tu madre, yo no sé si por llevarme la contraria una vez más, o por lo que fuera, cuando se enteró de que mi hermano únicamente me protegería si tenía un varón me obsequió con tu persona...

—Y a ti se te ocurrió escribirle a tu hermano diciéndole que había nacido un niño...—termina Luisa.

—¡Claro!... así mandó dinero para montar este negocio...

A FALTA DE LIEBRE...

MIENTRAS los dos personajes quedan discutiendo si han hecho bien o mal con engañar a Nicomedes, éste acaba de llegar con su hija, una preciosa flor argentina que es todo picardía y hermosura. Criada desde pequeña en la tierra del tango y la ranchera; tenía la dulzura de estas canciones y sus ojos negros como carbunclos despedían destellos a los que ningún hombre podía resistir dos minutos seguidos sin pispearla o caer rendido a sus pies.

El vapor que desde lejanas tierras les ha conducido a la ciudad donde esperan a sus familiares deja oír potente su sirena. A lo lejos se oye el roncido de los autos que se deslizan velozmente por el asfalto y las gaviotas en su volar seguro y cons-

tante ponen una nota de belleza y actividad en este puerto.

Nicomedes y su hija esperan largo rato extrañados de que nadie acuda a darles la bienvenida. Mary, que así se llama la muchacha, dice:

—Cosa rara, papáito, que no hayan venido a esperarnos.

—No te extrañe—le aclara su padre—. Mi hermano Desiderio es un hombre muy trabajador y si su hijo ha salido al padre, no parará hasta tener una fortuna. Todos los Rodríguez somos así.

Esperan otro rato, y en vista de que su hermano no llega, decide tomar un taxi, por lo que llama a uno que está aguardando pasaje y una vez acomodado en su interior ordena al chófer:

—Vamos al Turó, ¿sabe?... cerca de la calle...

—Sí... ya... a Monterrey—terminara el chófer.

—¡No me diga! ¿Cómo lo advinó?

—Pst! Me pasó todo el día haciendo este trayecto. Ahora le ha dado a todo el mundo por ir a Monterrey—explica el chófer.

Esto ha alegrado sobremanera a Nicomedes, que sonríe satisfecho porque ya antes de saber por su hermano cómo va el negocio, otros que ningún interés tienen le informan favorablemente.

Porque hay que decir que Nicomedes es un hombre trabajador y formal, su mayor placer es el trabajo, con el que ha logrado reunir una fortuna que ahora le permite darse toda clase de gustos y vivir holgadamente, habiendo decidido pasar los años que le restan de vida en un descanso que muy merecido tiene.

Mientras por el camino van admirando la bella ciudad de Barcelona y el coche enfila las Ramblas cuajadas de flores y un poco más arriba multitud de pajarillos que cautivos en sus jaulas lanzan alegres trinos, Nicomedes dice a su hija:

—Esto me gusta, Mary. Me parece que vamos a tener grandes sorpresas.

—No sabes las ganas que tengo

de conocer a mi primo. Creo que estará contento con los regalos.

—Lo que más le va a gustar será aquel modelo de máquina de afeitar que le he comprado en América, sabes el regalo que además pienso hacerle?—explica Nicomedes.

Mary le mira interrogante, y mientras, allá en Monterrey, cual si Desiderio estuviera oyendo la conversación de su hermano, termina diciendo a Luisa:

—...Treinta mil duros para el día que te cases...

—¡Pues llega a tiempo para dárme los personalmente! — palmorea gozosa Luisa.

—¡En seguida!... En cuanto compruebe que le hemos engañado, nos dejaré en medio de la calle.

—Pues mira, papá; que haga lo que quiera. Como dentro de dos meses yo me caso con Ruperto...

—Sí... sí... te vas a casar—rezonga Desiderio.

—¿Que no me caso, padre? —pregunta asustada Luisa.

—Con lo interesado que es el padre de Ruperto, en cuanto se entere de que volaron los treinta mil duros, sale volando con el niño.

—Ay, padre, que eso ya son cosas mayores! — exclama compungida Luisa ante el temor de verse sin Ruperto—. ¿Y no habría medio de evitar esta tragedia?... Piensa algo.

Los dos se sumen en profundas meditaciones sin dar con el resultado ansiado, hasta que de pronto Desiderio grita loco de contento:

—¡Qué ya...!

—Que ya... ¿qué? — pregunta Luisa.

—Que se me ha ocurrido algo maravilloso... ¡Estamos salvados!

—¿De veras, padre?

—Fíjate, como en la carte me dice que sólo va a pasar con nosotros un día, pues tiene que salir para Italia, por un solo día muy bien puede pasar tu primo Luis por mi hijo, y tú te evaporas...

—¡Magnífico! ¡Soberbio! — grita entusiasmada Luisa.

—Ahora mismo hablaremos con Luis, que debe estar arreglando la contabilidad...

—¡Colosal!... — vocifera Luisa — ¡Eres un talento, padre!

—De pequeño ya se me notaba... — arguye Desiderio muy modesto.

Ya con el plan que les ha de salvar de la ruina, Desiderio empieza a buscar a su sobrino por toda la casa sin encontrarlo. Hipólito es el que le dice que Luis se marchó corriendo al saber la infausta carta.

Las esperanzas que tenían se esfuman como por encanto. El porvenir se presenta negro como una docena de carbonerías. El tiempo transcurre y puede muy bien ocurrir

que llegue el querido hermano y entonces sí que todo está bien listo.

—¡La desesperación! — exclama en tono patético Luisa.

—¡La hecatombe!... ¡Ahora sí que no hay salvación! — grita también Desiderio.

Pero para todo hay solución en este mundo, y ahora es Luisa quien da con ella. Total un engaño más no tendrá mucha importancia. Maquinalmente compárase con su primo y encariñada con la idea dice:

—Espera, papá, espera... Todavía hay una solución...

—¿Cuál? — pregunta Desiderio.

* —Tú le dijiste a tu hermano que tenías un hijo, ¿verdad?... Pues bien. ¡Aquí lo tienes!

—¿Dónde! — exclama Desiderio mirando por todos los rincones.

—¡Aquí!... ¡Yo soy!

—Pero... Luisa...

—Ya no me llamo Luisa. Ahora soy tu hijo Luis. Y te aseguro que sabré presentarme con todo el porte varonil que haga falta.

—Pero... ¿te vas a vestir de hombre?

—¡Mi madre!

Esta exclamación la lanza Hipólito, que teme que aquella gente se haya vuelto loca, porque al fin y al cabo él no sabe de que va todo aquello, pero deduce que nada bueno va a salir de allí.

Aunque a Desiderio no le haga ninguna gracia que su hija haga de hombre por las muchas derivaciones que esto pueda traer, accede gustoso (¡qué remedio le queda!), y cuando Luisa se va dispuesta a empezar la transformación, se acerca a Hipólito diciéndole:

—¿Te has enterado, Hipólito?

—A medias...—responde aquél.

—Pues, mira; por razones que ya te explicaré algún día, para todo el mundo yo no tengo más que un hijo, que se llama Luis. ¡Pero para todo el mundo! ¿te enteras?

—Sí, señor, sí...—asiente Hipólito.

—Pues a ver si metes la pata... mucha violencia me cuesta... pero en la vida hay cosas...

—Hay cosas que no sé cómo se las va a ocultar la señorita Luisa en un traje de hombre—termina Hipólito con mucho tino.

En efecto, Luisa, encerrada en su habitación con la doncella, está dando término a su transformación, que no deja de ser maravillosa. Con el traje de su primo todo el mundo creerá que se trata de un cadete imberbe, apocado y tímido que estudia la carrera militar por fuerza.

Mientras ha terminado de vestirse da unos cuantos paseos por la habitación con el objeto de adquirir un andar hombruno que por

mucho que quiere adaptarse no puede dejar un gracioso contorno que delata su sexo.

Ya va dispuesta a tomar su digamos nuevo estado, cuando la camarera le da un objeto diciéndole:

—La pitillera de su papá, señorita.

—¡Señorito!... ¡señorito! has de decir—recomienda Luisa—. A ver si se te va a escapar. Soy ya un hombre para todo el mundo. Con que ¡cuidado!

Luego vase corriendo en busca de su padre para que aprecie que puede dar muy bien el timo al tío Nicomedes y a muchos tíos que pudieran presentarse.

Desiderio espera ansioso el resultado de todo aquello y lía un cigarro pesimamente, atisbando por los cristales, no fuera cosa que se le ocurriera llegar en tan crítico instante su hermanito, que estaba muy bien en América.

Sale de su abstracción porque una voz muy conocida para él le saluda:

—¡Muy buenos días, Desiderio!

El aludido se vuelve rápidamente y al ver a la recién llegada corresponde a tan cordial saludo.

—¡Caray!... Rosario... ¿Sabes que tu hijo está aquí?

—¿Que ha venido Luisito y no me ha dicho nada?

—Por lo visto es que viene a alguna «misión importante», porque no hace más que llegar y salir a escape...—explica Desiderio.

—El caso es que... venía a que me hicieras un favor. Vas a decir que abuso...

—¡Qué tontería, mujer! Aunque no fuera más que por el cariño que te tenía mi mujer, que en paz descansase, que siempre estaba a vueltas con su prima Rosario, ya sabes que puedes disponer de mí para todo lo que sea. Lo único que siento es no poderte pasar una cantidad mayor todos los meses...

—¡Vamos!... Con que la estás costeando la carrera militar a mi hijo, me pasas a mí una pensión y

todavía te parece poco... ¡Qué bueno eres!

Con lo que queda escrito ya se dará cuenta el lector que Rosario era una desgraciada cuyo único consuelo era Desiderio. Abandonada por el marido, que a todos decía que su mujer había ido a reunirse con Satanás, y eso que era buena, sólo podía fiar de Desiderio, que en un alarde de magnanimidad pagaba la carrera al tarambana de Luisito y pasaba una pensión a su madre para que de nada tuviera que preocuparse. Así es que siempre estaba dispuesto a sacar su cartera y desprenderse de unos cuantos billetes, por lo que depositó uno de cien pesetas en el bolso de Rosario y...

PRIMERA COMPLICACIÓN

AUNQUE a Monterrey no acostumbran a ir clientes de buena mañana porque nada hay que ver, ni tampoco se está en época de carnaval, termina de aparecer por la puerta un ente vestido de chaqué que lo sienta como a un santo dos pistolas. Va tocado de una chistera que parece prestada por un cochero de las pompas fúnebres y ostenta además una profusión de joyas y alhajas que lo asemeja al escaparate de una bisutería. En la mano lleva una bolsita que parece contener café por lo que en ella puede leerse:

Con un andar que quiere ser de gran señor, mira en todas direcciones cual si quisiera tasar lo que vale todo lo que ve. Luego toma asiento esperando que acuda alguien a ver

lo que desea y con amanerado ademán arregla su indumento.

Hipólito va hacia el recién llegado solícito y extrañado de aquella visita a hora tan desusada y pregunta:

—¿Café, caballero?

—Se estima, pero lo tomé ya vez en esta casa y no repito. Ya lo tomaremos de éste — responde señalando la bolsita que lleva.

—Pues usted dirá...

—De momento haga el favor de avisar a don Desiderio que está aquí el padre de Ruperto.

Hipólito se dispone a cumplir la orden, pero de pronto medita y quédase parado mirando ora al recién llegado ora al piso. Porque... aquel hombre es el padre del novio de Lui-

sa y Luisa no es Luisa ahora. ¿Qué hacer, pues?

El conflicto es para Hipólito de una envergadura colosal, y don Olegario, molesto por la poca prisa que se da al camarero, le dice un tanto airado:

—¿Qué hace usted? ¿No me ha entendido?

—Sí, señor, sí...—balbucea Hipólito— ¿De parte de quién dice?

—Del padre de Ruperto, el novio de la hija de don Desiderio.

Hipólito halla empero pronto una contestación para salir airado del trance. Puestos a mentir no vendrá de un timo más y responde muy serio:

—Me parece que viene usted equivocado, caballero... Don Desiderio no tiene más que un hijo.

—Lo que no tiene es más que una hija—repite don Olegario.

—Usted perdóne, pero es hijo...

—Insiste Ruperto.

—¡Pero, leñe!—brama el padre de Ruperto— ¡Si está en relaciones con mi hijo! ¿O es que cree que mi vástago va a entretenerse en contubernios indecorosos?

—¡A mí no me da usted voces!—chilla también Hipólito.

—Pues avísele y no se meta en más—ordena de nuevo don Olegario.

Hipólito teme cometer una indis-

creción y se dispone a avisar al dueño del café, topándose al subir las escaleras con Rosario, que ya se marcha. También el camarero estima a aquella mujer y tan pronto la ve le dice:

—¡Caramba, doña Rosario! ¿De dónde sale usted?

—Ya ves, hijo, de hacer otra visita a Desiderio.

—¿No sabe nada de su marido?

—Desde que me abandonó. Ahora creo que va diciendo que me he muerto para disculpar de algún modo la vida de crápula que está llevando; cualquier día lo veo en la cárcel.

—Allí nos encontraremos todos, señora Rosario. Hoy mismo van a hacer falta aquí los de asalto—explica Hipólito, que desaparece en busca de Desiderio.

No tarda en aparecer en lo alto de la escalera precedido por Luisa y su padre, que observan temerosos al tipo que está esperando.

El primero en encararse con él es Desiderio, mientras su hija procura quedarse un tanto rezagada.

—Buenas tardes, caballero—saluda Desiderio.

—¡Felices!—responde don Olegario, que se ha levantado después de hacer un versallesco saludo con la chistera.

Los tres en pie esperan a que uno

u otro diga algo, y es el padre de Ruperto quien pregunta:

—¿Me podré volver a sentar?

—Haga usted la prueba — dice Luisa.

—Sillas yo creo que hay... — termina Desiderio.

En la primera que tiene a mano se sienta el elegante caballero, al que Desiderio pregunta:

—Usted dirá, caballero.

—Pues... yo venía... a comer.

—Tenemos de todo. El plato del día es toro a la cordobesa — indica Desiderio.

—Déjese de cuiyas — interrumpe don Olegario —. Por lo visto, usted no sabe quién soy yo.

—No, señor...

—Pues yo soy Olegario García, pero todos me dicen Ole.

—Les hará usted gracia — arguye Desiderio.

—¡Padre de Ruperto! — vocifera al darse cuenta de que le toman el escaso pelo que tiene.

—¿De quién? — inquiere Desiderio haciendo el extraño.

—¡De Ru-per-to!

Desiderio y Luisa se miran como atontados como si les hablara de la luna o del planeta Marte. Ambos a duo inquieran:

—Pero, ¿de Ruperto?...

—Rechuleta! — exclama don

Ole—. ¡De Ruperto! ¿que esto es mucho moler ya!

—Lo mismo digo yo — responde Desiderio.

Don Ole no sabe si ha ido a parar a un manicomio, o por el contrario es él quien se está volviendo loco de remate. Porque Ruperto le ha asegurado que allí en Monterrey vive la criatura más deliciosa que jamás él ha soñado y ahora resulta que ni conocen a Ruperto ni tienen hija alguna.

Don Ole se rasca la cabeza como buscando algo que le dé la solución del enigma, y suavizándose un tanto pregunta nuevamente:

—Pero... ¿es que no les ha dicho a ustés el chico que vendría hoy a comer?

—¿Que vendría quién? — objeta Desiderio, que se está divirtiendo de lo lindo con aquel lío.

—Su padre — responde Ole.

—¿Y quién es su padre?

—¡Y vuelta! ¡Yo! — chilla descompuesto el padre de Ruperto.

—Bueno, ¿Y quién es el chico?

Don Ole vislumbra que le están tomando la cabellera, porque aunque su vástago es muy zumbón y amigo de la chirigota no lo hace capaz de gastarle semejante barrabasa.

—¡Le advierto — dice — que aun-

que me vea vestido así, yo soy un hombre muy serio!

—Usted viene equivocado. Porque da la casualidad de que yo no tengo ninguna hija—declara Desiderio.

—¡Retarnero—brama don Ole—¿Qué dice usted?

—Que no tengo más hijos que este cadete de Infantería...

—Entonces, ¿cómo demonios se quiere casar Ruperto con un cadete?—pregunta don Ole desesperado.

—Eso digo yo... la verdad, no me lo explico... aunque hay gente que tiene gustos para todo...—declara Desiderio.

Don Ole se va poniendo al rojo vivo, no responde a las palabras de Desiderio, pero es fácil adivinar que en su mente se está forjando una tempestad que si llega a estallar termina con Ruperto en el hospital.

Pronto empero, empieza a desahacerse en epítetos fulminantes contra su hijo, que muy ajeno de todo aquello está comprando una pulsera para Luisa, que ahora se ha convertido en cadete para no perder un negocio y unos cuantos miles de duros.

Don Ole, masticando las palabras, exclama:

—¡Si lo he debido comprender que me engañaba!... ¡Porque es un

golfo! ¡Un jugador!... ¡Un sinvergüenza!... ¡Y un mujeriego!

—¡Su madre!—exclama Luisa sin poderse contener, pues sin querer ha sabido toda la ficha personal y privada de su novio.

—Su madre murió—responde don Ole, creyendo que lo preguntan por su esposa—. Murió la pobre a fuerza de disgustos. No tiene condición buena...

—¡Ya, ya!... ¡Nos hacía usted un regalito!...—dice con sorna Luisa.

—¡Si no puede ver al sexo femenino más que para el chirigotazo!—explica don Ole.

—¿Ah, sí?—inquire rabiosa y con ganas de floriqueo Luisa.

—Ahora que estamos entre hombres se puede decir...

—Él tiene clasificadas a todas las mujeres—dice Desiderio—. Es muy gracioso...

—Y a la supuesta hija del dueño de esta casa ¿cómo la tenía clasificada?—preguntó Luisa deseosa de saber.

—Calle usted, militar!—responde don Ole—. De esa, dice... se van ustedes a reír.

—¡A que no!—chilla Desiderio.

—De esa dice que es una chuleta de cordero empaná.

—Y eso, ¿por qué?—pregunta

Luisa, a quien no llega al significado de la frase.

—Porque las chuletas engañan: a primera vista, parece que hay mucha carne, pero se les hinca el diente y todo es hueso y pan rallado... tiene gracia, ¿eh?

—Sí, sí, mucha gracia—responde Desiderio por decir algo, y Luisa no responde porque lo que diría sería muy gordo y es preferible callarlo.

Don Ole por su parte está demasiado indignado para seguir hablando de semejante tomadura de pelo y toma asiento de nuevo diciendo:

—Me quedo un poco por si tie-

ne el tupé de venir. Está cerca la casa de socorro, ¿verdad?

—A un paso—responde Desiderio.

—Lo que se rompa, yo lo pago—explica don Ole, que por lo visto está dispuesto a no dejar un hueso sano en el cuerpo de su retoño.

Luisa y Desiderio se van porque no quieren asistir a la escena del descabello; y allí queda solo don Ole mirando como las manecillas del reloj van desgranando los minutos y las horas, pero él, firme en su propósito, espera la llegada de su hijo Ruperto.

CASI LOCO... Y NO PRECISAMENTE DE AMOR

POR fin, al cabo de un buen rato y cuando los sesos de don Olegario empiezan a cocerse por la acción de los rayos solares, bastante fuertes por cierto, Ruperto penetra alegre y silbando.

A la entrada se topa con Hipólito, al que saluda con mucha efusión, y a cuyo saludo no es correspondido porque el camarero sigue la farsa.

Luego llega al lado de su padre y muy contento le dice:

—¡Hola, padre! ¿Qué?...

Don Ole le mira de arriba abajo y por fin le dice:

—Siéntate y contesta. ¿Vienes de comprar la pulsera para... tu... novia?

—¡Claro!—responde Ruperto.

—¡A verla!—exige don Ole.

—Aquí está—dice Ruperto sacando un estuche que contiene un bonito brazalete—. Pero... ¿por qué me lo pregunta de esta forma?

—¿Qué sé yo...?

—¿Pasa algo, padre?—inquiere Ruperto al ver el semblante serio y taciturno del autor de sus días.—¿Ha hablado usted ya con el padre de mi novia?

—Tu novia ¿es la hija del dueño de este café?

—¡Naturalmente!—exclama convencido Ruperto.—¡Su único vástago...

—Y al vástago ese ¿le vas a dar tú la pulsera de prometida?

—Y yo mismo se la pienso poner en su preciosa muñeca.

—¿Que se la piensas poner tú?

—pregunta sorprendido don Olegario.

—¡Y olé!... y además darle tres besos.

—¡A que no!—chilla su padre.

—¿Eh...?

—¡¡A que no!!—vuelve a gritar don Ole.

—¡Pero... padre!—protesta Ruperto.

—¡A que no le das tres besos!

—Pero, ¿por qué?

—¡Porque si le das tres besos a un cadete de infantería te abro en canal!—amenaza don Ole—. ¡A ti no te conoce en este café ni el cerillero!

—¡Pero qué dice usted!... ¡Vamos, hombre!—exclama Ruperto riendo y tomando a guasa todo aquello; luego se vuelve y al ver a Hipólito, que hace el entretenido por allí, le llama—: ¡Hipólito, ven acá!

Pero el sujeto no se mueve y Ruperto vuelve a llamar ahora más fuerte:

—¡Hipólitoooo!...

—¡Pué que se llame Anastasio!...

—indica don Ole.

Por fin Hipólito se acerca muy grave y como aquel que no hace la cosa pregunta:

—¿Va a tomar algo el señor?

—Oye...—dice Ruperto.

—Usted dirá, caballero.

—Di a don Desiderio que salga en seguida—ordena el muchacho.

—¿De parte de quién?—pregunta el camarero.

—¿Cómo de parte de quién?—pregunta ahora extrañado por completo el muchacho—. Di que está Ruperto.

—Don Ruperto... ¿qué?—vuelve a preguntar Hipólito.

—¡¡A que te tiro la botella a la cabeza!!—brama furioso Ruperto ante la incomprensible actitud del camarero.

Pero don Olegario tercia en la conversación diciendo:

—Don Ruperto García, camarero...

Entre tanto Luisa y su padre, atisbando por la ventana, han visto toda la escena y la pobre muchacha, con los ojos a punto de ser mojados por las lágrimas, dice:

—No hay derecho, padre; lo que estamos haciendo con Ruperto es una infamia.

—Porque se quede sin novia veinticuatro horas no va a morir. Ten paciencia, hija...—aconseja Desiderio.

Pero Luisa no puede tener paciencia porque a pesar de lo que el padre de su novio le ha dicho, no puede dejar de quererle y quizá todo se hubiera echado a tres al cuarto si no apareciera en este momento Hi-

pólito, que ha subido las escaleras corriendo para decir al amo lo que pasa.

Al entrar exclama:

—¡Vaya lio, don Desiderio!—y a continuación le dice que Ruperto y su padre quieren verle.

Abajo, en la pista, Ruperto continúa haciendo comentarios sobre lo que ocurre en aquella casa y su padre le dice medio en broma medio en serio:

—¡Es que no te han visto ni en fotografía!

—¡Si son cuatro años de relaciones!—exclama Ruperto.

—¿Con quién? ¿con el cadete?—pregunta su padre.

—Con Luisa—explica exasperado Ruperto—. Con la única heredera de este café, y con la que he estado hablando esta mañana aquí...

—¿Y eso lo has soñado? ¿Y cuándo?

—¡No me vuelva usted loco!—grita de nuevo Ruperto...— Esta mañana, aquí mismo, delante de Hipólito...

—¡Y vuelta!... ¿Quién es ese Hipólito?

—¡Ese camarero!

—Pero, ¡so ladrón! ¿No he visto yo que no se llama así? ¿O es que crees que soy más bruto de lo que soy?—pregunta don Ole echando chispas por los ojos.

—¡Padree!... ¡Si son cuatro años de relaciones!

—¡Pero con quién, so arrastrao!

—¡Con quién va a ser! ¡Con Luisa! ¡Con mi Luisa!

No hay manera que se entiendan, porque uno grita por aquí y el otro por allá. Ruperto tiene razón y también su padre la tiene porque él ha visto con sus propios ojos que allí no hay ninguna mujer, o por lo menos así se lo han dicho.

Cuando finalmente la discusión parece que ha tomado caracteres más bajos, Desiderio y Luisa se atreven a bajar. El primero más muerto que vivo y la segunda poniéndose tras de su padre para ser reconocida lo menos posible.

—¿Quién me llama?—pregunta Desiderio.

—¿Quién llama a mi padre?—pregunta también Luisa.

Ruperto se queda viendo visiones, porque, según parece, tampoco don Desiderio le conoce.

—¡Eh! Llamaba yo, don Desiderio—responde—. Pero... ¿qué pasa aquí?

—Y ¿tiene el valor el polluelo de presentarse en este hogar honrado?—masculla Desiderio lanzándole una mirada que parece quiere reducirle a fosfatina.

—¡Don Desiderio!—brama Ruperto.

—¡Si que es frescura! —añade también Luisa.

—Sabemos que es usted jugador, borracho y mujeriego...

—Y sinvergüenza, que se te había olvidado... —apunta Luisa.

—A mí... a mí... se me había olvidado... —grita Desiderio, que hace lo posible para que la comedia resulte lo más natural posible.

—¡Basta de bromas! —exclama furioso Ruperto—. Aquí lo que hace falta es que mi padre conozca a Luisita.

—A qué Luisita? —pregunta Desiderio.

—¡A su hija Luisa!

—¡Mi único hijo es éste! —enseña Desiderio señalando a su hijo.

—¡Servidorito! —responde Luisa haciendo una graciosa reverencia.

—¿Lo estás viendo, so azebuche? —dice también don Ole.

Ruperto empieza a marearse, sus ojos danzan de aquí para allá como si estuviera falto de sentidos. Porque ¡se necesita estómago para decirle que él no tiene la novia allí y que Desiderio no se llama Desiderio y que Hipólito no es Hipólito! Una de dos, o los demás están para encerrarlos o por el contrario es él quien debe estar con la camisa de fuerza.

Por última vez pretende sacar la verdad diciendo a Desiderio:

—Don Desiderio, no me vuelva usted loco, que ya estoy ciego de ira. ¡Traiga a su hija!

—¡Me dará usted tiempo para encargarla...! ¡Vamos! —responde el padre de Luisa sin inmutarse.

Don Ole quiere poner fin a aquella escena que ya le va resultando por demás empalagosa, y agarrando a su hijo por un brazo le dice en tono autoritario:

—Bueno. ¡Basta ya de cinismo y de poca vergüenza!... ¡Y arrea pa casa!

—Yo no me voy de aquí sin que vea usted a mi Luisa —insiste terco Ruperto, que volviendo a todas direcciones llama haciendo portavoz con las manos—: ¡Luisa!... ¡Luisa!

—Está chalao, el pobre... —se condeule don Desiderio con cara de honda pena.

—¡Yo creo que sí! —exclama también don Ole—. ¡Ay mi hijo!

—¡Luisaaaaa! —continúa chillando Ruperto, que en verdad parece se ha vuelto loco.

Luisa también muy quietecita observa todo el jaleo y teme por la razón de su novio, a quien dice para acallararlo:

—No dé estas voces, que Luisa no existe.

Ruperto ha callado como por ensalmo y se queda mirando a Luisa con toda atención; la ha reconocido por la voz y muy contento exclama:

—¡Pero si eres tú!... ¡Luisa!... ¡Mi Luisa!

Intenta estrecharla entre sus brazos y Luisa aprieta el acelerador de sus pies poniéndose a salvo a todo correr que puede, perseguida por Ruperto, que no cesa de llamarla y decirle toda clase de lindezas.

Don Olegario, ante la vista de aquella carrera, no puede por menos que exclamar:

—¡Cómo!... Eso sí que no se lo consiento a mi hijo!...

Y también corre tras él para darle un garrotazo y quitarle la locura de una vez, pero no tiene necesidad de recurrir a términos tan contundentes porque Luisa ha podido escabullirse dejando a Ruperto llorando como un niño y gritando entre hipo:

—¡Luisa, mi Luisa!

Es tan acendrado el dolor que demuestra, que don Ole no puede por menos que ablandarse y consolar a su hijo de la mejor forma posible.

—¡Ruperto! ¡Hijo mío! ¡Serénate!—le dice.

—¡Todavía me quiere!—murmuró Ruperto poniendo los ojos en blanco.

—¿Cómo?

—¡Me lo ha dicho ahora mismo con los ojos!

—¿Ahora mismo?

—Es ella, padre... es ella!—grita entusiasmado de nuevo Ruperto.

—Pero, ¿qué dices, Ruperto?—

—vuelve a preguntar su padre, temiendo otro acceso de locura.

—Que la ha tenido usted en las narices. ¡Que era ella! ¡ella! ¡la que ha salido con don Desiderio...!

—Ruperto, hijo, vuelve en ti... ¡Que era un cadete de infantería!

—Para usted, padre, era un cadete... pero para mí, no. Para mí es Luisa... ¡Luisa de mi alma!...

Y de nuevo Ruperto va a abalanzarse por las escaleras en busca de Luisa, mas don Ole no se lo consiente de ninguna de las formas tirando de él hasta que a viva fuerza se lo lleva a la calle mientras masculla:

—¿Y para esto me he vestido yo de etiqueta?

Por la avenida que conduce a Monterrey van dos personajes. Uno lanzando besos y más besos y el otro con una chistera en la mano, derrengado y sudoroso. Le duelen los pies y el calor lo achicharra.

Son, como comprenderá el lector,

Ruperto y su padre. Aquél que aunque no se ha vuelto loco, por lo menos le falta poca cosa, y que está dispuesto a saber qué es lo que ha

pasado allí tan pronto su padre lo deje libre y don Olegario dispuesto a solicitar un puesto en el manicomio para su hijo.

LA LLEGADA DEL TIO NICOMEDES

CUANDO el cabaret Monterrey ha quedado sin los dos personajes que deambulan por la avenida, medio loco uno y apenado el otro, Desiderio y Luisa lanzan ambos sendos bufidos de cansancio, porque el truco ha sido como para matar al pobre chico y les ha costado un triunfo sostener la comedia.

Dispónense a descansar un rato, antes de que llegue Nicomedes, pero está visto que los sustos debían sucederse con rapidez vertiginosa porque aun Desiderio no había podido liar un cigarro y beber un poco de agua, cuando por el cabaret penetra Nicomedes conjuntamente con su hija.

Nicomedes es el tipo del americano español, o sea que a pesar de

los años que ha estado ausente de la patria no ha podido sustraerse a la simpatía que el bendito suelo patrio da a sus moradores.

Su andar campechano y su sonrisa indica bien claramente que se halla satisfecho de lo que representa el negocio que a su nombre montó para su hermano. Observa con detenimiento los más pequeños detalles, hasta que por fin su natural impaciencia por abrazar al hermano le hace gritar:

—¡Desideriooooooo!

Espora un instante, y como ve que nadie responde vuelve a llamar, ahora un poco más fuerte:

El salto que da el aludido llega al techo, porque a pesar del tiempo transcurrido reconoce la voz de su hermano. A todo correr se echa es-

caleras abajo mientras exclama con fingida alegría:

—¡Ah... Nicomedes!

Los dos hermanos se funden en apretado abrazo y transcurridos los primeros momentos de efusión Nicomedes pregunta a su hermano:

—Desiderio, ¿y mi sobrino?

—¡Ah! lo tienes! — responde aquél señalándole a Luisa que, con riesgo de caerse, baja las escaleras deprisa también, gritando:

—¡Tío de mi vida!

Tío y «sobrino» se abrazan muy fuerte y luego Nicomedes lo mira de arriba abajo muy orondo de verlo vestido de soldado.

—Gracias, gracias—dice—, Desiderio... lo has hecho militar por mí, verdad?

—Claro..., por ti..., Nicomedes —miente Desiderio.

Mary, en un rincón, observa la escena, esperando ser presentada, y cuando todos han alabado ya su hermosura, su gracia y demás, suben pausadamente hablando todos a un tiempo; sobre todo, Desiderio, que quiere decirle todo lo que debe para que abandone pronto el hermanito aquella casa y lo deje tranquilo de una vez.

Los bábulos de viaje y demás enseres innecesarios han quedado olvidados en un rincón, y Nicomedes

vuelve a abrazar a su hermano, diciéndole:

—¡Sorpresa por sorpresa, Desiderio! No vengo a pasar el día con vosotros, como decía en mi carta...

El semblante de Desiderio se ilumina y, queriendo fingir, pregunta:

—¿No? ¡Qué lástima! ¿Te vas en seguida?

—¡Abrazame!... ¡Abrazame tú también, Luis!... ¡Vengo a vivir a España!

—¡Eh!—grita Luisa.

—¡No!—chilla Desiderio.

—¡Me quedo a vivir con vosotros para siempre!—termina Nicomedes.

Una bomba que hubiera caído sobre Desiderio no hubiera surtido tanto efecto como las palabras de su hermano, porque simultáneamente cae redondo sobre un sillón, temblando como un azogado.

Nicomedes se ha asustado y corre a prestar auxilio a su hermano, diciendo:

—¡Eh!... ¿pero qué le pasa?... ¡Desiderio!... ¡Luis!

—¿Qué les pasa, papaito?, ¿qué es esto? —inquire también Mary, asustada.

—Nada, hija, nada. La emoción de saber que nos quedamos a vivir con ellos.

En efecto, la emoción, mejor dicho, el susto, ha paralizado por unos instantes los sentidos de Desiderio,

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?



...aparecen tras ellos los músicos que tocan la marcha nupcial...

—Esto es la necrópolis...



...Luisa y su padre que observan temerosos al tipo que está esperando.



—Buenas tardes, caballero—saluda Desiderio.



—(Padre... si son cuatro años de relaciones)



Ruperto ha callado como por ensalmo y se queda mirando a Luisa con toda atención...



—Gracias, gracias — dice
Nicomedes—, lo has hecho
militar por mí... ¿verdad?



Espera un instante y co-
mo ve que nadie responde,
vuelve a llamar.



—Pero ¿qué dices? Desiderio, exclama su hermano, sorprendido e indignado.

MARIJA TOMÁS
en su creación de Mary



—Estoy contentísimo, no más, Desiderio! — dice su hermano.



...cuando menos lo piensa, recibe un golpe en la cabecita y le deja aturdido en el suelo.

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?



—...enfascando a los
des hombres, que presos
de pánico no aciertan ni a
moverse.

—¡Compodécate! ¡Es un
pobre demente! Por eso he
venido a avisarle.



—¡Auxilio! ¡Es un hum-
bre! ¡Que me encierren, que
me encierren!



—A que me encierren a
mí, hijo—responde don
Olegario.

que se ve ahora, sí, fatalmente, en la ruina, en medio de la calle. ¡Adios treinta mil duros!

Pasada la «alegría», hablan de los años que han estado separados, sin que Luisa se quite la gorra ni para sentarse a la mesa, donde se sirve una espléndida cena en honor a la llegada de Nicomedes y su hija, y mientras Desiderio y Luisa están dando vueltas a su cabeza para encontrar la solución al problema.

Nicomedes por su parte está encantado de hallarse allí, y así lo ratifica diciendo:

—No os preocupéis por nosotros. Mañana compraremos camas y todos los muebles que haga falta, porque, decididamente, esta casa me gusta y podemos vivir aquí todos juntos.

—Esta noche ya nos arreglaremos como sea—apunta Mary.

—Nada, nada—protesta Desiderio metiendo la «patita»—. Ya lo tengo arreglado. Tú—y señala a Luisa—te acuestas con Mary, y ya está.

—¡Pero, qué dices, Desiderio!—exclama su hermano, sorprendido e indignado.

—¡No... no!... quiero decir que mi hijo Luis...

—No hablas más que tonterías—ataja Nicomedes—. Luisito con quien se acostará será conmigo.

—¡Arrra!—murmura por lo bajo Desiderio.

—Además, él y yo tenemos que hablar de muchas cosas, ¿verdad, perillán?... ¿Cómo andas de mujeres?... ¿A cuántas hemos engañado?—pregunta Nicomedes a Luis, sonriendo.

—¡Hombre, Nicomedes!—vuelve a protestar Desiderio—. ¡No le hables al chico de estas cosas...

—Sí, que se va a ruborizar—responde, burlonamente, Mary, a quien su primo empieza a gustarle.

—Serás tonto, Desiderio. ¿Qué no va a saber el chico, a su edad, lo que es una mujer?

—Eso lo sé mejor que tú, tío—responde, irónico, Luis.

La respuesta ha complacido al tío, que mira embelesado a su sobrino, y después de recordar un instante, pregunta a su hermano:

—¿A quién dirás que se parece, Desiderio?

—¡Vaya usted a saber!...

—¡Al tío Paco!

—¿Al tío Paco?... ¡al de la rebaja?—inquire a su vez Desiderio, que no sabe ya lo que se dice.

—No, hombre, no! ¡Al hermano de nuestra madre!—aclara Nicomedes.

—¡Ah... sí!—exclama Desiderio, que no se acuerda ya cómo era el tío.

—En cuanto le salga el bigote, el tío Paco.

—¡Pues tienes para rato!—murmura otra vez por lo bajo Desiderio.

La satisfacción rebosa por todos los poros de Nicomedes, que pasea por la habitación fumando un cigarrillo y observando de paso detalles de buen gusto, que le hacen pensar que allí debe haber alguna mujer muy interesada en la casa para que con tanto primor luzca todo.

En uno de sus paseos, separa los visillos que ocultan la vista de la calle y ve, con extrañeza, a un individuo que, plantado en medio de la calle, lanza apasionados besos con dirección a la ventana.

—¿Pero a quién tira besos el idiota que está ahí, en la esquina?—pregunta, dirigiéndose a Desiderio.

Luisa, seguida por su padre, corren a la ventana, porque están seguros de que el «idiota» es Ruperto, como así es, en efecto.

—Eh, so imbécil!—le grita Nicomedes—, ¿qué significa esto?

—Que no es a nosotros!—le dice Luisa—, Es un tío que tiene la novia en la casa de al lado.

—Pero si nos miraba a nosotros...

—Es que es bizco y, claro, apunta «pa un lao y tira pa otro»...—explica Desiderio.

Nicomedes mira a su hermano con gesto de incredulidad y se retira

de la ventana, mientras que Mary, apagando el cigarrillo que fumaba, dice:

—Mira, papaito..., yo voy a ver el espectáculo...; ¿vienes conmigo, Luisito?—pregunta a su «primos».

—Como tú quieras...—responde aquella.

—Sí, anda, iros, que yo tengo que hablar con mi hermano—asiente Desiderio.

Salen todos del comedor para ir un rato a ver el espectáculo que en la pista de Monterrey se está desarrollando; pero antes Luisa quiere hablar a solas con su padre, por lo que aprovecha que el tío y la prima van algo adelantados, y, rápidamente, dice:

—Así no se puede seguir. O piensas algún remedio o yo me quito los pantalones.

Desiderio se da cuenta de que la cosa está que arde, y, rápidamente, da con el plan, que, si es aceptado por su hermano, nada tiene que temer.

—Calla, voy a sacarle a mi hermano treinta o cuarenta mil duros, y se acabó la farsa, ¡ya verás!—exclama, convencido.

—Pues dale el sablazo en seguida, antes de que se afeite con esa maquinita que me ha comprado.

Mary, extrañada de que no vaya con ella Luis, mejor dicho, Luisa, ha

vuelto atrás y al verla en coloquio con su padre, le invita de nuevo:

—¿Vamos, Luisito?

Ambas desaparecen, mientras que a Nicomedes se le cae la baba, porque la verdad es que hacen una pareja ideal; hasta podrían casarse, si se entendieran un poquito.

Ya han quedado solos los dos hermanos, y Desiderio quiere ir directamente al corazón de su hermano o, por lo menos, a su cartera, que es lo que le interesa. No podrá decirle que no, porque el negocio que ha visto montado es una verdadera joya; no le ha engañado (?), y está convencido de que lo que le pida no le será negado. Así, pues, empieza su relación diciendo:

—Oye, Nicomedes..., hoy me han hablado de un negocio fabuloso, para el que harían falta treinta o cuarenta mil duros nada más...; se trata de una mina de jabón...

—¿Eh? —pregunta, sorprendido, Nicomedes.

—No, hombre—rectifica Desiderio—. De un jabón que es una mina...

—No me hables de negocios. No te doy un céntimo—es la respuesta categórica y definitiva, al parecer, de Nicomedes.

—Me mato...suspira Desiderio.

—Yo he venido a España a con-

vencerme de que no me habías engañado...

—Me ofendes, Nicomedes—protesta con aire digno Desiderio.

—¡Porque si me hubieras engañado!...

—¿Qué?—inquire, afanoso, Desiderio.

—Te habría quitado el café.

—¡Remoca!

—...y el dinero que hay en el Banco—prosigue, impertérrito, Nicomedes.

—¡Reterrón!

—...Y me hubiese vuelto inmediatamente a América con mi hija, haciéndome la cuenta de que te habías muerto.

Las últimas palabras de su hermano causan una decepción tan grande en Desiderio, que deja caer los brazos abatidos, y arguye:

—Pues que me entierran...

—Yo tengo una gran fortuna—sigue diciendo Nicomedes—. Y quedándonos a vivir con vosotros, no debes pensar en negocios, ni te hace falta el dinero para nada.

—Para nada..., después de todo—comenta, filosófico, Desiderio—. Para colillas, con un bote me basta...

Luego, para dar mayor veracidad a sus palabras, Nicomedes quiere examinar los libros que arrojan las cuentas del café, y metido en el

despacho con su hermano, suma, multiplica, resta y no extrae raíces cúbicas por que no sabe.

Al cabo de un buen rato de garapatear números, levanta la cabe-

za del libro y dice a Desiderio, que se considera ya muerto:

—¿Ves, hombre?... el negocio marcha bien...; no debes meterte en otras empresas.

UNA CAMISA QUE, SIN SER DE ONCE VARAS,
TRAERA MUCHA COLA

A la mañana siguiente, y por deseo expreso de Nicomedes, continúa la revisión de cuentas, pues aunque el negocio se ve claro, el «americano» quiere cerciorarse de que allí no hay ninguna trampa.

Mientras los números van saliendo con vertiginosa rapidez, Desiderio no hace más que pensar en la noche anterior lo que tuvo que luchar para que Luisa se acostara sola y no con su tío como quería aquél!

De sus profundas meditaciones lo saca Mary, que abre la puerta muy sonriente y que saluda:

—Buenos días, papalito. Hola, tío.

—Hola, sobrina. Bonito traje...

—responde Desiderio.

—Un poco largo, ¿no?—enseña Mary, que, en realidad, no puede

decir que se haya arruinado la modista poniendo ropa.

—Sí, no se te ven las ligas, pero...

—Es la moda, Desiderio—disculpa Nicomedes.

—Oye, papalito—dice de pronto Mary— Ven un momento conmigo...; quiero enseñarte una cosa.

Nicomedes se levanta para irse, a tiempo que dice:

—Vamos a ver..., bueno, y tu primo ¿qué te ha parecido?

—Bien—responde Mary—. Pero un poco soso..., parado..., corto de genio; ¿podrías figurarte que a su edad, y más siendo militar, se ponga colorado como un tomate, por oír un cuento picantillo?...

—¿Que le has contado tú?—inquiere Nicomedes, riendo.

—¡Naturalmente, papaito!—responde Mary, riendo también.

En cambio a Desiderio le hace maldita la gracia y dice para sus adentros:

—¡Maldita sea...! ¿Me la van a hacer hasta pornográfica?

Oye todavía cómo rien padre e hija, y luego se abisma en sus reflexiones, que no pueden ser más trágicas de lo que son.

Entre tanto, Mary en la habitación de Luisa busca algo que quiere enseñar a su padre, diciéndole:

—He visto una cosa chocante por demás.

—¿Qué es? — pregunta Nicomedes.

—Que el primo se da polvos.

—Será después de afeitarse... —responde Nicomedes.

—¡Qué esperanza!... mira la caja que tiene en su tocador.

—¿A ver?—pide, extrañado, el tío, leyendo luego «Caricias de Venus».

—Pues hay algo más raro—prosigue Mary.— Que usa faja.

—Que usa faja, ¿quién?

—¿Quién va a ser?... ¡Mi primo!

—No, eso no es posible —duda Nicomedes.

—Míralo — exclama Mary mostrando la faja a su padre—. También estaba aquí en su cuarto.

Nicomedes se rasca la cabeza, a tiempo que dice:

—¡Uy... uy... uy...!

—Y por si esto fuera poco, fíjate en las camisas que gasta el primito.

Mary saca de un cajón una camisa de color, muy corta, de seda y que extiende para que pueda observarla con detenimiento su padre, que en el colmo de la indignación se pregunta:

—Pero, ¿qué clase de sobrino tengo yo entonces?

Agarra furiosamente la caja de polvos, la faja y la camisa de manos de su hija y montando en cólera se aleja hacia la puerta mascullando:

—¡Ah...! ¡pues esto sí que no se lo consiento yo a nadie!

Cuando entra en el despacho encuentra a Desiderio que hace sus cálculos y que le mira sobresaltado al darse cuenta de su disgusto, que se trasluce bien a las claras.

Desiderio baja la cabeza y finje continuar sumando:

—Cuarenta y dos... cuarenta y ocho... cincuenta y seis... trescientos noventa y ocho...

La faja, la camisa y la caja de polvos caen encima de la mesa, asustando a Desiderio, que lo coge todo sin darse cuenta de lo que es. Levanta la camisa y al verla se asusta y la esconde, haciendo a su hermano

una sonrisa idiota. Nicomedes, muy serio, le pregunta:

—Quieres decirme quién se pone esta faja y esta camisa, que junto con la caja de polvos ha encontrado Mary en el cuarto de tu hijo?

Desiderio se asusta todavía más y termina murmurando, alzando su mirada al cielo:

—¡Mi santa madre!

Su hermano se acerca a la mesa y con reconcentrada ira inquiera:

—¿Qué murmuras? ¿De quién es esta faja?... ¿De quién es esta camisa?

—Pues... —balbucea Desiderio, completamente azorado.

—¿No quieres contestarme?

—Sí, hombre.

—¿De quién son?—insiste Nicomedes.

—Míos... —responde Desiderio.

—¿Desiderio!

—No... si digo que... míos no son...

—Ya lo comprendo. Pero, ¿de quién son?

Desiderio tiene de pronto una idea que de pensarla un poco más despacio no la pondría en práctica, porque va a meterse de lleno en otro lio.

—Cosas de la vida, Nicomedes...

—Pero, ¿de la vida de quién?

—De la vida privada de Sisebuto II...

Nicomedes, en vista de que no puede sacar nada en claro, va a marcharse y Desiderio, ante el temor de que todo pueda ir a rodar, reacciona y trata de explicarse:

—Bueno, ya te explicaré... ¿Tú te has fijado en ese camarero que sube por aquí?

—Sí. Uno que te trata con mucha confianza.

—El mismo... Hipólito...

—Bueno, ¿y qué?—pregunta Nicomedes.

—Eso digo yo... ¿y qué?

Nicomedes hace un gesto de perder la paciencia y Desiderio sigue hablando hasta que por fin tiene la idea clara y concisa:

—Pues, verás... como Luis vive en la Academia y rara vez pasa en casa arriba de ocho días...

Nicomedes se pone a reír a más no poder y exclama, viendo claro todo el asunto:

—¡Calla, hombre, calla!

—¡Callao y gracias.

—¡Es verdad!—repite el hermano—. Si Luis vive en la Academia... ¡No había caído yo! ¡Pues no sabes la preocupación que me quitas de encima!...

—Y tú a mí...—responde por lo bajo Desiderio.

—Ya me hago cargo. Algún lio tuyo, ¿verdad?

—Sí...—balbucea temeroso De-

siderio— ¿Eh?... sí, claro... un lío... estoy viudo... ¿verdad?... estoy solo... tengo derecho... soy un ciudadano.

A cada palabra ve que la cosa se lla más y su dichoso hermanito, con sus suposiciones, todavía va armándola más gorda.

—Sí, no me digas más— responde Nicomedes— Dobl figurármelo... y la próxima es la mujer del camarero...

—¡Arrea! — exclama involuntariamente Desiderio.

—De modo que la caja de polvos, la faja y la camisa...

—De la mujer de Hipólito— responde Desiderio, añadiendo para sus adentros—: ¡Otro lío... otro lío!

Mientras su hermano se desternilla de risa, va recogiendo todas las prendas que han quedado encima de la mesa y, cuando ya las tiene, dice:

—Voy a esconder todo esto para que no se entere nadie... ¿verdad?

Y desaparece veloz, antes de hablar más, porque está visto que la llegada de su hermano no le ha de acarrear más que disgustos.

Entretanto, Nicomedes, sentado, sigue riendo la aventura de su hermano, al que no creía tan donjuanesco. Pronto cambia su expresión alegre por una de muy seria, agresiva casi. A la misma puerta, delan-

te de sus narices, asoma la cabeza huesuda y seca de Hipólito, que pregunta amable:

—¿Se puede pasar?...

Nicomedes se levanta de su asiento y va hacia el recién llegado con cara de muy pocos amigos, a tiempo que le espeta:

—¿Qué quiere usted! ¿eh?

—Venía buscando a don Desiderio...

—Por lo visto usted no puede vivir sin don Desiderio.

—Hombre... le tengo ley... — responde Hipólito, que no sabe adónde van a parar todas aquellas preguntas.

—Usted no tiene vergüenza. Empezaré por decirle que estoy enterado de que mi hermano es un sátiro sinvergüenza. Pero usted es más sinvergüenza que él...

—Hombre, yo... —va a protestar Hipólito.

—¡Haber llegado a este contubernio indecoroso... —sigue bramando Nicomedes—. Porque usted está tan enterado del asunto como mi propio hermano...

Hipólito cae por fin en la cuenta y cree que todo aquello viene por haber ocultado, sabiéndolo, la transformación de Luisa y responde con naturalidad que indigna más a Nicomedes:

—Sí, señor, a qué mentir...

—¡Qué espanto! — clama Nicomedes llevándose las manos a la cabeza.

—Le advierto a usted que a mí no me hacen gracia estos lios... — aclara Hipólito: por si aquello pudiera salvarle de algo.

—¡Pero usted accedió!

—Me dijo que algún día me daría una explicación, y yo, como que aprecio mucho a don Desiderio...

—Pero, ¿hasta este extremo?

—Después de todo, la cosa no tiene esta importancia que usted le da — arguye Hipólito.

—¡Qué barbaridad! — exclama Nicomedes alejándose por no oír más —. ¡Los papeles que hacen algunos hombres por un puñado de pesetas!

Sus palabras han llegado hasta oídos de Hipólito que, con energía, le contesta:

—¡Eh... eh..., señor mío, alto ahí! Yo me he prestado a esta farsa, pero por afecto nada más... absolutamente gratis...

—¡El colmo! — grita exasperado Nicomedes —. ¡¡Hasta gratis!!

De repente, se vuelve a Hipólito y con toda la seriedad de que es capaz le dice:

—¡Usted se va a ir a América!

La orden hace dudar al camarero de que el buen señor esté en sus

cabales, y también con energía responde:

—¿Yo?... ¡¡no, señor!!

—¡A usted lo mando yo a América! — insiste terco Nicomedes.

—Pero, ¿es que me ha tomado usted a mí por Colón?

—A usted le mando a América con diez mil pesos para que pueda establecerse y no volver a España. ¿Estamos?

—Y esto, ¿con qué objeto? — pregunta Hipólito, que quiere saber ya dónde conduce todo aquello.

—Mañana le entregaré la plaza. Ahora vaya a prevenir a su... esposa para que disponga el viaje...

Asciende a diez grados más el asombro de Hipólito, pero por no contrariar al señor Nicomedes, dice:

—¡Ah!... ¿pero me la tengo que llevar?

—¡Pues, no faltaba más...! Si ella es lo principal... y basta de palabras inútiles...

Nicomedes, mientras habla, se da cuenta de que encima del sillón ha quedado olvidada la faja que Desiderio creyó llevarse y recogiendo la arroja al rostro de Hipólito, mientras escupe estas palabras:

—... y ahora, tome... ¡Déle esto a su «queridísima esposa»!

Con un susto mayúsculo, Hipólito ha recibido la faja en su cara. La agarra, cada vez más extrañado, y

se marcha, a tiempo que oye el portazo que da Nicomedes al cerrar con fuerza la puerta de la habitación.

Desde luego, al camarero todo aquello es un misterio para él, porque no sabe el por qué Luisa se ha convertido en hombre, porque no quieren ver a Ruperto y para colmo el discurso de Nicomedes.

Mientras camina por el pasillo, va rascándose la cabeza y casi se topa con Desiderio, que hace también lo propio. Al ver al jefe, se detiene y le mira con cara que expresa asombro, comicidad y mil cosas más, pero que encierra todo en estas palabras:

—¡Don Nicomedes está como una cabra! Mire usted lo que acaba de darme para mi señora.

Desiderio, al ver la faja, lanza un respingo y casi temblando responde:

—No le hagas caso, Hipólito, ¿verdad? Si te dice algo, no lo creas; si te habla, no le escuches; está como una regadera...

Callan los dos, porque un ruido sospechoso se oye de una de las ventanas. ¿Quién puede ser? ¿un ladrón? ¿el lobo feroz? No tardan mucho en salir de dudas, porque la ventana se abre y aparece una silueta negra, porque lleva un vestido azul marino, y que dentro de él esconde el cuerpo de Ruperto, que dicho sea de paso, va acompañado de

una larga y peligrosa pistola del nueve largo.

Con voz que parece el mugido de un toro a través de un tubo, grita:

—¡Usted es un zurdidor de mentiras!— (esto para Desiderio).

—... Y tú, un canalla, y esta casa una zahunda de miserables, que os habéis propuesto volverme loco o que me suicide, pero antes me llevaré a alguien por delante...

Todo esto lo ha dicho encañonando furioso a los dos hombres, que presos de pánico no aciertan ni a moverse. Sus lenguas han quedado trabadas y sólo Hipólito recupera la voz, diciendo tartamudo:

—¡Don Desiderio!... ¿que es una pistola de verdad...!

—¡Y con seis cargadores de repuesto!—ruge Ruperto.

—¡Zambomba! —exclama Desiderio, viendo su piel agujereada como una castañera.

Mientras, Ruperto avanza paso a paso sobre sus dos futuras víctimas, que si alguien no las ampara van a terminar allí sus días. Así lo comprende Desiderio que, haciendo un esfuerzo para parecer tranquilo, dice con risa conejil:

—¡Pero, hijo mío!... ¿tú vas a la guerra o vienes de visita?

—Vengo a que de una vez habíamos claramente, porque yo no estoy loco,

—¡Qué vas a estar tú loco, Ruperto!—exclama Desiderio.

El muchacho salta loco de alegría, a tiempo que pregunta:

—¡Ah!... ¿ya me conoce usted?

—¿No te he de conocer, hijito?

—Y me conoce usted como novio de Luisa, verdad?—sigue preguntando Ruperto.

—¡Pues, claro...!—responde Desiderio.

—Entonces, ¿por qué delante de mi padre sostuvo usted que no me conocía?

Desiderio, un poco más confortado, piensa lo que va a responder, antes de meterse en otro lío, porque entonces sería el cuento de nunca acabar, y le dice:

—¡Ah!... No puedo descorrer el velo de esta horrible tragedia...

—¡Qué tragedia ni qué niño muerto!... ¡Esto es una infamia, una mentira! ¡Mi Luisa es el cadete!...—repite Ruperto, a quien las explicaciones del que debía ser futuro suegro no le convencer.

—El cadete es un primo suyo—responde Desiderio refiriéndose a Luis.

—¡Mentira, mentira! ¡Que salga el cadete...! ¡Que yo vea al cadete!—pide con insistencia Ruperto, que quiere convencerse por sus propios ojos.

Con este deseo se va de un sitio

para otro, buscando al primo de Luisa y a Luisa, pero ésta, todavía sin quitarse el uniforme ni la gorra, se halla sentada en un saloncito, devanándose la sesera sin hallar la solución que termine de una vez con aquel estado de excitación que está viviendo y que por más que quiera no podrá prolongarse más. Esto aparte de que su prima cada día está más enamorada de ella y va estrechando el cerco para que se le declare.

Precisamente, mientras medita, siente que sus ojos son privados de la luz por unas manos finas y perfumadas que reconoce inmediatamente a las de Mary. En efecto, es ella que, riendo como una niña traviesa, pregunta:

—¿Me has conocido, primito?

—¿Cómo no, hija de mi alma?—responde Luisa fastidiada.

También en este preciso momento, Desiderio con Hipólito y Ruperto han llegado a la puerta entornada del salón donde están las dos muchachas, y el padre de Luisa dice a Ruperto:

—Vas a convencerle... verás como es un cadete.

—Ya tengo ganas de ver a mi Luisa y darle muchos besos...—responde Ruperto, que sólo piensa en aquello—. Porque yo no he perdido la razón, don Desiderio...

Este se acerca al oído de Hipólito y le dice:

—Pero la va a perder ahora.

Los tres personajes atisban por la rendija que deja la puerta semiabierta y Ruperto puede ver cómo Luisa está de pie delante de Mary, que con mucha coquetería se ha sentado en los brazos del sofá. Luisa le está encendiendo un cigarrillo y luego se lo enciende a sí misma, poniendo una cara muy rara, porque ella nunca había intentado fumar.

Mary extrema sus coqueteos y muy melosa se acerca al lado de su «primo» preguntándole:

—Oye, primo, ¿cuántas novias has tenido?

—¿Novias yo?... ninguna—responde Luisa.

—¡Me engañas... me engañas!

—Te juro que te digo la verdad.

—No te creo... con esa cara tan simpática que tienes... con esos ojos que parece que te los pintas... tan negros que parecen de un rey moro...

Luisa se sobresalta ante los elogios de su prima, porque no sabe cómo va a terminar aquello. A lo mejor a la niña se le ocurre lanzarse en sus brazos y besarla. Con precaución va retirándose de su lado.

Mary prosigue su ataque, diciéndole:

—Pues yo sí tuve un novio...

—¡Ahí... ¿sí?

—Fue un sueño...

—¿Qué lástima...!

—Recuerdo que estábamos sentados en un jardín—explica Mary—. El, sentado a mi lado.

Se acerca un poco más a Luisa, para reconstruir la escena, y a medida que va explicándole se acerca más y más, obligando a Luisa a caer casi del sofá. Finalmente dice:

—Era un gaucho espigadillo, atra-yente, lindo no más... así algo como tú...

La escena ha sido seguida por Ruperto y demás mirones, que se dan cuenta de lo «lechuga» que es la americana (digo lechuga, porque ésta acostumbra a ser muy fresca).

El pobre Ruperto, con las manos en la cabeza, no puede dar crédito a lo que está presenciando y antes de marcharse quiere girar un poco más para cerciorarse de que aquella que ve, mejor dicho aquel (¿a ver si me armo también un lío yo?) es un hombre.

Mary ha estrechado todavía más el cerco y ya sin recato dice a su primo:

—Andáte... dime palabras de esas que desis los españoles... graciosas... ocurrentes, atrevidas, no más.

Luisa hace un esfuerzo y con patéticos ademanes, como si estuviera leyendo, le dice:

—¡Eres una americana de primera...!

—¡Sigue!—le ruega Mary con los ojos entornados.

—Y una americana muy elegante...

—¡Así!... ¡sigue!—demanda la otra.

—Y una americana muy bien hecha...

Desiderio, al oír todo aquello, dice para sí:

—Se va a creer que ha sido sastre.

Ruperto no puede ver ni oír más, porque nota que su vista se nubla y dando traspiés, como si estuviera ebrio, se marcha para encerrarse, porque ahora ya no le cabe duda de que está más loco que una cabra montesa.

DONDE LUISA VA A LA CARCEL

HAN pasando los días sin que de momento se descubra nada de lo que en «Monterrey» está pasando. Desiderio fia en que el azar le dé la solución y, en cambio, la suerte se complace en ir enredando más la madeja de los acontecimientos.

Cierta luminosa mañana, la familia entera ha salido a dar un paseillo y de paso hacer algunas compras. Acomodados en el imperial de un tranvía, Nicomedes y Desiderio, con sus respectivos retoños detrás, van compartiendo, el primero contento y sonriente, el segundo más serio que un ajo.

—¡Estoy contentísimo no más, Desiderio!—dice su hermano.

—¡Ah! ¿sí?

—Mi hija Mary—explica Nico-

medes—acaba de confesarme que está enamoradísima, precisamente del hombre que yo le destinaba.

—Mira qué bien...—responde Desiderio.

—Y ese hombre... está aquí...

Desiderio da un pequeño salto. Luego mira en todas direcciones y no encontrando a ningún hombre, contesta:

—¡Quién!... ¿yo?

—¡¡Desiderio!! ¿pero qué te ocurre? ¿es que estás tonto o es que has bebido?

—Perdona, es que a veces desvarío...

—Ese hombre, no podía ser más que tu hijo—aclara Nicomedes.

—¿Mi hijo?... ¿cuál?

—¡Cómo cuál!... ¿cuántos tienes?

Desiderio se da cuenta de la plancha cometida y exclama:

—¡Mi santa madre!

—Hay que casarlos en seguida—objeta Nicomedes.

—Pero, ¿cómo vas a casar a tu hija con mi hija?

Desiderio, completamente azorado, no sabe cómo salir del atolladero.

—¡Desiderio, no dices más que incoherencias!—le grita Nicomedes.

—Bueno... quiero decir a tu hijo con mi hija... digo, no... a tu...

—Pero, ¿es que estás malo?

—Es la emoción, Nicomedes, la emoción—se excusa Desiderio.

—¿Es que te parece poco mi hija para tu hijo?—pregunta su hermano.

—¡Qué disparate! Si es por todo lo contrario. Tu hija es rica y se merece algo más que el hijo de un pobre comerciante...

—Esa delicadeza te honra, Desiderio; pero ahora has de saber que el hijo de este pobre comerciante va a llevar al matrimonio dos millones de pesetas que le regala su tío Nicomedes.

—¡Dos millones!—exclama como soñando Desiderio.

Y así, hablando sobre la próxima boda de Luisa con Mary, se pasan el trayecto, hasta que por fin bajan y Desiderio pide con toda su alma que lo pille un tranvía o que desaparez-

ca del globo terráqueo, porque aquello se va volviendo ya francamente insoportable. Prefería más ir vendiendo anillos para los paraguas que luchar de aquella forma por aguantar una cosa que más tarde o más temprano debía venirse abajo.

Llegados que son a «Monterrey», Desiderio entra malhumorado, dispuesto a tomarse media docena de aspirinas para quitarse el mal de cabeza que le ha proporcionado su hermano. Pero, antes de que haya subido ningún escalón, Hipólito se acerca y le dice, mostrándole a un señor de porte ceremonioso y respetable que camina a su lado:

—Mire usted, don Desiderio..., aquí está este señor, que pregunta por don Nicomedes...

El desconocido se inclina ceremonioso, a tiempo que saluda:

—Muy buenas, señor...

—¡Y a mí qué! ¿No pregunta por Nicomedes? Pues arriba está. Avísale—responde enojado Desiderio.

El caballero queda cortado ante tamaña grosería y murmura:

—Muchas gracias, señor.

Si Desiderio hubiera sabido que en el mundo no puede ser uno descortés por mucho que se tenga, seguramente que hubiera atendido al desconocido, porque daba la casualidad que era nada menos que el coronel Morales, amigo entrañable

de su hermano y que recién llegado iba a tomar posesión de la Academia de cadetes, donde su sobrino Luis estaba.

Hombre militar cien por mil y de una disciplina férrea, castigaba sin miramiento cualquier falta, por leve que ésta fuera.

Conducido por Hipólito a presencia de Nicomedes, ambos estuvieron largo rato departiendo sobre la juventud pasada y sobre la estancia de Nicomedes en su tierra natal.

También Nicomedes, claro está, no pudo ocultarle que su hija iba a casarse con el hijo de su hermano. Morales, complacido, le responde:

—Muy bien. Pues que sea enhorabuena.

—Gracias... ahora te presentaré a todos.

Se levanta dispuesto a llamar a su hermano, que tan pronto oye su nombre corre escaleras arriba, porque está convencido de que algo malo ha de sucederle. Ya en presencia de su hermano y sin ver todavía al coronel Morales, oye que su hermano le ordena:

—Llama a tu hijo Luis, que venga Mary también... venid todos.

—Sí, sí, corriendo.

Y Desiderio se lanza en busca de los dos jóvenes, volviendo al poco rato con ellos.

Cuando se ve delante del señor

que antes le saludara, queda como atontado y más cuando su hermano lo presenta:

—El coronel Morales, a quien conocí hace mucho tiempo.

—Tantísimo gusto... —balbucea Desiderio.

—El gusto es mío... señor—responde seco Morales.

Desiderio no se da cuenta de la fría respuesta del coronel, porque Nicomedes presenta a su hija, diciendo:

—¡Pero, no te acuerdas de este señor, Mary!

—Sí—responde aquélla.

—¡Caramba! ¿pero aquella chiquilla es ya esta mujer?—pregunta el coronel estupefacto.

Ahora le toca el turno de ser presentada a Luisa, que no puede adivinar el nublado que se le viene encima. Tío Nicomedes, deseoso de que el coronel admire a su bizarro sobrino, dice:

—El coronel Morales...

—¡Caray, un coronel!—exclama Luisa, sin darse cuenta y tan mal como sabe y puede se lleva la mano a la visera de su gorra, cuadrándose como ha visto a los quintos y saludando:

—A la orden.

El coronel Morales fija su mirada en el soldado que tiene delante y muy serio pregunta:

—¿Y cómo usted aquí, caballero cadete?

—Bien, ¿y usted?—responde Luisa ingenuamente.

—Digo que, cómo no está en la Academia no siendo fiesta... ¿es que tiene algún permiso especial?

—No... que yo sepa, no...—tartamudea Luisa.

—Pues está faltando a sus deberes, caballero alumno...—espetea el coronel.

Desiderio pasa por detrás de Luisa con objeto de acercarse a su hermano e intervenir en favor de su hija, a la que en voz baja le dice:

—¿A que nos metemos en otro fregao?

Nicomedes, que también, sabiendo como es su amigo, ve el asunto mal para su sobrino, se acerca al militar, diciéndole:

—Hombre, Morales, yo te explicaré.

—No me expliques nada. En cues-

ción del Reglamento, soy inflexible —y luego, dirigiéndose a Luisa, le dice—: Va usted a hacer el favor de acompañarme, porque precisamente mi nuevo cargo es el de director de la Academia.

—¡Pero, Morales...! —intercede Nicomedes.

—¡Nada... he dicho que en marcha! El cadete se viene conmigo.

—¡Coronel, que es mi novio!—suplica Mary también.

Desiderio se acerca, haciendo mil saludos a Morales, pero de nada le valen, porque el coronel, firme en la ordenanza militar, se lleva a la que cree cadete a la prevención, donde deberá pasar unos días de arresto.

Los lamentos del padre e imprecaciones de Nicomedes llegan al techo, porque no pueden comprender cómo un amigo ha podido comportarse de aquella manera, pero ya es tarde y no tienen más remedio que aceptar lo ocurrido.

DONDE HIPOLITO PEGA UNA PALIZA A DESIDERIO

COMO verá el que vaya leyendo, el lio se complica cada vez más y es un poco difícil dar con el final, que ha de resultar desastroso para todos.

Desiderio cree hallarse loco ante lo acaecido. Nicomedes está que bufa, Hipólito sigue sin entender la comedia y, en fin, en un manicomio reina más paz que en aquella casa.

Para colmo de males, Luis, el verdadero cadete, llega a casa de su tío y se extraña al ver la cara que pone aquél, que parece que le hayan pisado un callo.

—¿Eh?... pero, tú... ¿de dónde sales?... ¿dónde te has metido?—pregunta Nicomedes.

—Una locura, tío... que he per-

dido la cabeza en una juerga que ha durado dos días—responde Luis.

—¡Ah, canalla!... Y pensar que si tú hubieras estado aquí, mi hija no se habría vestido de cadete.

—¿Cómo?

—El nuevo director de la Academia es amigo de mi hermano y se ha llevado a mi hija que va vestida con tu uniforme—explica Desiderio.

—¿Eh?... ¿que Luisa se ha puesto el uniforme?... ¿Y para qué?—pregunta Luis, que no entiende ni jota de todo aquello.

—No hay tiempo para darte explicaciones, pero toma otro coche y corre tras ellos y procura resemplazar a mi hija, ¡que me la van a meter en el calabozo!—grita desesperado Desiderio.

Luis, ante el empujón de su tío, sale disparado para arreglar aquello si es que llega a tiempo, y Desiderio se limpia el sudor con cara de abatimiento.

Sólo Hipólito, al lado de su amo, procura consolarle, diciéndole:

—¡Pobre don Desiderio!... Estoy enterado de toda esta tragedia.

—¡Hipólito de mi alma!—exclama patéticamente Desiderio, abrazándose al fiel camarero.

—¡Pobre amigo!—exclama aquél abrazándole también.

Nicomedes, que en aquel momento entra en el salón y ve el cuadro, no puede contener sus ímpetus y con ira brama:

—Eh, pero, ¿hasta este extremo llega vuestra vileza, miserables?

Los dos se han desprendido del abrazo y miran asustados a Nicomedes, que sigue diciendo:

—¡Es repugnante!... ¡Y sobre todo abrazar al amante de su mujer!

—¡¡Nicomedes!!—chilla Desiderio.

—Pero, ¿qué dice este tío?—inquiere Hipólito muy serio.

—¡No le hagas caso!... ¡Es una broma suya!—aconseja Desiderio.

—¡Pero si de sobra está entera-

do de tus relaciones con su mujer!—grita Nicomedes.

—¡Nicomedes, por nuestra madre!—suplica Desiderio al ver que Hipólito va quedándose más serio que un ajo y murmura téticamente:

—¡Hay que me está pareciendo que aquí hay algo de verdad!

—¡No lo creas, Hipólito, que está loco!

Pero el camarero, que duda ya de la amistad y de todo rechina los dientes, diciendo:

—¡Ay, que le voy a tener que matar a usted!

—¡¡Hipólito, hijo... no te obceques!!

—¡Si, disimula, disimula...! ¡Hacedme comedias, ahora!—dice Nicomedes que cree que todo aquello es una farsa.

—¡Yo me lo como! ¡Canalla!—vocifera Hipólito, ya ciego de rabia.

Algo ha visto Desiderio en los ojos de Hipólito, porque huye como alma que lleva el diablo, seguido por el furioso camarero, que está dispuesto a dejarlo reducido a fragmentos o átomos.

Los dos hombres corren por la pista, que está llena de público contemplando a los artistas que siguen el ritmo de un bolero.

No hacen caso de nada, sobre todo Desiderio, que se quiere ocultar en algún sitio donde Hipólito no le vea, pero es inútil, porque cuando menos lo piensa, recibe un soberbio golpe en la cabezota y lo deja aturdido en el suelo. Hipólito ha saciado sus ansias de venganza.

**POR SI FUERA POCO UNA AMENAZA DE MUERTE, LA AMENAZA
DE UNA ESPOSA**

AL día siguiente, Desiderio luce en su cara señales inequívocas de haber sostenido un combate de boxeo. A su lado está el padre de Ruperto que, muy serio también, lee un papel.

Desiderio, con cara muy compungida, va diciendo en alta voz:

«No lloréis. Necesito la verdad y como en esta vida no existe, me voy a la otra a buscarla. Allí sabré si mi Luisa era Luisa o un cadete, y si su padre era un hombre de bien o un...»

—O un sinvergüenza—prosigue don Ole—. «Me voy al otro mundo, pero para no esperar demasiado, me llevaré por delante a Luisita y a su padre...»

—¡Su padre!—exclama asustado

Desiderio—. Pero, ¿qué dice usted?

—Lo que el pobre Ruperto dejó escrito—responde Olegario.

—¡Bueno, su hijo, además de loco es un miserable!—espeta Desiderio.

—¡Compadézcale!... ¡Es un pobre demente! Por eso he venido a avisarle. Voy a encerrarle en un manicomio... porque si llegara a asesinar a usted... loco y todo me lo metían en la cárcel...

—¡Caray!—exclama Desiderio—. ¿Pues qué quería usted? ¿Que la convidaran a chocolate?

* * *

Desiderio no duerme. Desiderio no bebe ni fuma pensando en su hija, a la que ve cargada de cadenas. Es tanta su preocupación, que

ha estado a punto de descubrir el secreto más de cien veces.

Su hermano, compadecido, le ha prometido ir a ver al coronel Morales e interceder de forma que no pueda negarle la libertad de Luisa.

A la mañana siguiente, en un coche, van los dos al aeródromo y por el camino Nicomedes dice a su hermano:

—No hay por qué preocuparse de esta forma, hombre. Estás excitado...

—¿La perdonarán? — pregunta Desiderio.

—Se escapan—explica Nicomedes—. Los calabozos tienen una especie de gatera y quitándose la ropa pueden salir...

—Pero, ¿sin ropa? — inquiera asustado Desiderio.

—¡Completamente desnudos!

—¡Dios mío!—exclama el padre de Luisa, llevándose las manos a la cabeza.

Poco después, llegan al lugar donde Luisa debe estar cumpliendo el arresto. Prontamente, son introducidos en el despacho de Morales, el cual tan pronto ve a Desiderio le dice:

—¡Lo siento, pero su hijo ha perdido la carrera!

—¡Pero, Morales de mi alma!—dice Nicomedes.

—¡Nada!—responde el coronel secamente—. ¡Se ha escapado del calabozo!

—¿Por la gatera? — pregunta asustado Desiderio.

—¡Efectivamente!—responde el militar.

—¡Hija de mi alma!... ¡Hija de mi alma!—solloza Desiderio temiendo que su hija haya sido descubierta por algún soldado.

Pero no, afortunadamente, Luisa no ha llegado a meterse en el calabozo, porque si la hubieran metido, es seguro que ella no sale de allí hasta que la saquen, pero ¡cualquiera le dice a Desiderio lo ocurrido!

Luis, o sea el sobrino, tuvo la suerte de llegar al cuartel antes que Luisa, de forma que como el arresto era para el cadete Luis, su prima pudo escabullirse y él, en cambio, es el que está en el calabozo.

Desiderio, al llegar a su casa toma cuatro o cinco aspirinas y en su cabeza pone una bolsa de hielo para que le aclare un poco las ideas, mientras su hermano le consuela, diciéndole:

—No seas impaciente, hombre. Habiéndose escapado, tardará en llegar. Se le habrá estropeado la ro-

pa, a lo mejor se te presenta con el traje de Adán.

Sólo falta a Desiderio que le digan semejante cosa para temblar más: maldice mil veces el dinero y sus ganas de desearlo, porque de ser pobre y no tener un céntimo o haber dicho la verdad, ahora no se vería en semejante apuro, que sabe Dios en qué forma va a terminar.

Nicomedes, por su parte, prefiere ir a tomar el fresco un ratito, y al salir se halla con la madre de Luis que, sin saber lo ocurrido, saluda:

—Buenos días...

—¿Qué deseaba?

—Venía a saber de Luis—responde la buena mujer.

—Ah!... ¡Pues está perdido el pobre Luis!—responde Nicomedes.

—¡Hijo de mi alma!—exclama Rosario.

—Señora! ¿Y usted quién es, para meterse donde no le importa?—pregunta un tanto amoscado Nicomedes.

—¿Yo?... ¡Nadie! ¡Su madre!—responde Rosario llorando a lágrima viva.

—¿La madre de quién?—pregunta Nicomedes.

—¿De quién va a ser? ¡De Luis!

—¡Pero, señora...! ¡Si Luis no tiene madre!

—¡Está usted enterado!—responde Rosario con pena.

—Estoy enterado por su propio padre, que hace ya tiempo que me comunicó la muerte de su esposa.

—¿También usted?... A todo el mundo le va diciendo que me he muerto para disculpar por su parte la vida de crápula y de privaciones.

—¿Qué dice?—inquire Nicomedes asustado.

—Y el caso es que él no es malo, pero se ha dejado dominar por los vicios...!

—¿Por los vicios?

—En primer lugar, la bebida, rara vez está en su sano juicio.

—¡Ahora me explico esas incongruencias y esas salidas de tonto!...

¡Claro! Es que siempre está mona...

—responde Nicomedes, que comprende ya claramente las mil tonterías que desde que se halla con su hermano, le ha dicho.

—¡Es una pena!... Luego, las mujeres—sigue explicando Rosario.

—No me hable usted, señora. En ese terreno le conozco y llega hasta la depravación.

—Está loco—asegura Rosario.

Nicomedes siente lástima por aquella mujer, a la que le ofrece un asiento, y al cabo de un rato de hablar, le dice que Luis va a casarse

con su hija, cosa que extraña mucho a Rosario, que manifiesta no saber nada de aquella boda.

—¿Con su prima?... ¿Cómo Desiderio no me ha dicho nada?—inquire.

—Pero, ¿usted ve a Desiderio?—pregunta Nicomedes, que no comprende.

—Casi todos los días. Me pasa una pensión todos los meses. Además, corre con los gastos de Luis. Se porta con él como el mejor de los padres.

—Y digo yo, si Desiderio es tan bueno, ¿por qué no viven ustedes juntos?

Rosario se levanta como picada por una avispa y responde muy digna:

—¡Caballero!... yo soy una mujer decente. ¡Muy decente!

—Sí... sí, desde luego... usted perdone. ¡Yo es que no entro en estos modernismos!—responde Nicomedes, aterrado ante semejantes revelaciones.

—Lo que me sorprende es la boda de Luis con su prima—insiste Rosario.

—No sé por qué.

—Como mi sobrino tiene algún dinero.

—¿Algún dinero?—dice Nicome-

des—. ¡Más de treinta millones, señora!

—¡Qué disparate!... ¡Ni muchísimo menos!

—¿Pero lo va usted a saber mejor que yo? ¡Le digo que su fortuna pasa de los treinta millones!

—Pues no creo que Desiderio consienta—responde Rosario.

—Es que su hijo Luis aporta al matrimonio dos millones de pesetas que le regalo yo—explica Nicomedes.

—¿Y usted quién es?—pregunta, por fin, Rosario.

—¿No te lo has figurado?... ¡Abrázame!... Yo soy Nicomedes—exclama éste, que cree hablar con su cuñada.

—¿Nicomedes?—pregunta extrañada Rosario.

—¡Nicomedes! El hermano de Desiderio, que ha venido de América para hacer su felicidad, de todos los suyos... y no terminaré mi obra hasta que no vuelvas con tu marido.

—Pero, ¿tanto ascendiente tiene usted sobre él?

—Me respeta como si fuera su padre. Vas a verlo ahora mismo.

—Pero, ¿está aquí mi marido?—pregunta Rosario, no creyendo en tanta felicidad.

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?

—Naturalmente. ¿Dónde va a estar?... Pero, mira, es mejor que yo te hable primero. Tú quédate fuera y espera que yo te llame.

—Dios le ha enviado a esta casa, Nicomedes—suspira Rosario.

—Anda, anda, mujer... escóndete abajo para que no te vea—le indica Nicomedes.

SE ACENTUA LA AMENAZA

DESIDERIO, bien ajeno a aquel otro lio, se halla en la habitación de Luisa, oyendo las mil y una peripecias que ha pasado aquélla, pues ha llegado ya a su casa y vestida de mujer le cuenta que su primo llegó antes que ella y que, afortunadamente, no tuvo que escaparse por la gatera, con lo cual Desiderio lanza resoplidos de satisfacción. Padre e hija saborean aquel momento de tranquilidad, que muy pronto se ve cortado por la voz de Nicomedes, que le llama a grandes gritos. Como un poseso, se lanza al encuentro de su hermano, al que pregunta:

—Aquí estoy, hombre, ¿qué quieres?

—Echame el aliento —le dice aquél.

—¿Que te eche el aliento?—Inquiere Desiderio.

—Sí, échame el aliento.

—¿Tienes frío?

Y obediente, lanza un soplo a la cara de su hermano, que exclama tapándose la nariz:

—¡Qué barbaridad... cómo hueles a vino!

—¡Nicomedes!... ¡Pero si no bebo vino por el hígado! —protesta Desiderio.

—Por el hígado no... pero por debajo de las narices... ¡no me lo vayas a negar!—hace una pausa y prosigue—: Bueno... siéntate. ¿Con quién dirás que acabo de hablar ahora mismo?

—Qué sé yo... algún nuevo lio—responde Desiderio.

—¡Con tu mujer!

—¡Arrea! ¿con mi mujer?... Pero, Nicomedes, si mi pobre mujer...

—¡Ha muerto! ¿verdad?... Eso me dijiste a mí y eso vas contando a todo el mundo para justificar tu vida de borracho y de conquistas—ataja Nicomedes.

—¿Conquistas?... Pero, si desde que me quedé viudo, me he dedicado exclusivamente a mi hija... digo hijo... O... O... O...

—Buena la has cogido hoy, Desiderio... Ya no sabes si es hija o hijo lo que tienes...

—¡Hijo!... ¡hijo!... O... O...! —brama desesperado Desiderio, que no sabe cómo salir del atolladero.

—Luego di que no te emborachas y me niegas que eres un conquistador.

—¡Y dale!

—¿Pero me lo vas a negar a mí?... ¿y la mujer del camarero?

—¿Cuál? —pregunta Desiderio, que no puede recordar tantos embustes.

—Pero, oye, ¿cuántas tienes? ¡La de la caja de polvos, de la faja...!

—¡Ah, sí!... Tienes razón... la mujer del camarero...—exclama Desiderio recordando.

—Vaya, ya has confesado...

—Afortunadamente, con la boda de los chicos me coges de buen humor, y te perdono, a condición de que hagas las paces con tu mujer...

—sugiere Nicomedes.

—¡Zambomba!

—¿Te niegas?—pregunta airado Nicomedes—. ¿No quieres vivir con ella?

—Pero, ¿cómo quieres que viva con un cadáver?—inquire a su vez Desiderio, que teme por la razón de su hermano.

—Pues bien—exclama aquél—. Ahora subirá ese cadáver...

Y sale dispuesto a llamar a Rosario, para que dé cuenta de que su marido es el sinvergüenza más sinvergüenza de todos los sinvergüenzas.

DONDE SE DESLIA EL LIO

ENTRETANTO, en la terraza ocurre algo muy singular. Luis, el verdadero, ha llegado y se halla con la hija de Nicomedes, y, como buen conquistador, a las primeras de cambio ha interesado el corazón de la bella argentina que, sin recato y sin pensar más en el otro «primo», se ha sentado con el aviador en ciernes, y muy gustosa escucha todas sus explicaciones y requiebros.

Luis, por las palabras de Mary, se hace cargo de lo ocurrido, y riendo le dice:

—Con que me había confundido con su primo, que seguramente será también su novio, ¿verdad?

—Novio, lo que se dice novio, no; porque el matrimonio hay que

hacerlo guiado por el corazón... ¿no le parece?... ¿Digo bien?

—Dice usted de una manera como para comérsela... ¡Vaya cara!... ¡Vaya cuerpo y vaya gracia la suya! —exclama Luis entusiasmado.

—Así... ¡así me gustan a mí los hombres!

En aquel momento Nicomedes llega a la terraza en busca de Rosario, a la que no encuentra, y al ver a la pareja de espaldas cree que es Luisa y su hija. Con gesto complacido murmura:

—¡Caray!... Cómo están los primos... Luis ha llegado y está cortejando a mi hija... Voy a avisar a Desiderio para que se le caiga la baba.

Vuelve a desandar el camino andado, sin fijarse que por encima de

las tejas un hombre, tocado con boina y con gestos de demente, al parecer, va buscando un lugar por donde bajar. El hombre en cuestión es Ruperto, que ha estado viendo la forma de entrar en la habitación de Luisa, y como no ha podido conseguirlo, se halla a unos metros sobre el nivel del suelo, fijándose luego en el cadete que él cree es Luisa y, finalmente, puede descender.

Con cautelosos pasos va hacia donde se halla la pareja, y sin hacer el menor ruido, estruja la cabeza de Luis, estampando unos cuantos sonoros besos en su cara.

No es necesario decir que en cuanto Luis puede desasirse de aquellos brazos se levanta enfurecido como un león y corre furioso tras Ruperto, que mientras corre chilla:

—¡Auxilio! ¡Es un hombre!... ¡Que me encierren, que me encierren!

Luisa, que ha oído aquellos gritos, baja presurosa diciendo:

—Pero, ¿qué ha pasado aquí?

—¡La catástrofe, hija mía!—responde Desiderio.

También Nicomedes queda parado al ver a su hija con otro que no es su sobrino, y muy enojado pregunta:

—¡Eh!... ¿Qué porquería de cadete es éste?

—El único que tenemos aquí—

aclara Desiderio, dispuesto a decir la verdad antes que soportar más líos.

—¡Papá, ya no me caso con mi primo!—exclama Mary.

—Pero, ¿qué dices?—pregunta su padre extrañado.

—Que mi futuro es éste.

—Pero, ¿quién es éste?—vuelve a preguntar Nicomedes.

Luisa es la que se va a encargar de aclarar el misterio que, de durar un poco más, va a volver locos a todos.

—Mira, tío Nicomedes...

—Pero, ¿quién es ésta?

—Tu sobrina y mi único hijo—confiesa Desiderio.

—Pero, ¿oyes lo que dice tu marido?—pregunta a Rosario el tío.

—¿Mi marido? Pero si éste no es mi marido Nicomedes...

—¿Cómo?

—Es mi primo.

Nicomedes empieza a ver claro y, enfurecido, los mira a todos exclamando:

—Aquí el único primo he sido yo.

—Mira, tío—le dice Luisa—. Como tú nos amenazaste con matarnos de hambre, y como papá creyó que no volverías de América, te escribió que había tenido un hijo, cuando lo que había tenido era una hija, que soy yo.

Nicomedes, en el colmo del furor, dice a su hija:

—Mañana mismo nos volvemos a América, Mary.

—¿Qué esperanza?... Yo me caso con Luis—responde aquella.

—¡Pero si es una mujer!—brama Nicomedes.

La voz de Ruperto se oye desde lo alto de la palmera, que asegura muerto de miedo:

—¡No!... ¡Es un hombre!... ¡Es un hombre, estoy seguro!

—Es mi hijo Luis, Nicomedes—confiesa también Rosario que, a pesar de todo lo que ocurre, no sabe nada de nada.

—Pero, esta mujer, ¿me quieres decir quién es?—pregunta Nicomedes, temiendo que se le acaba la inteligencia para aclarar tan enorme lío.

—Tú quieres que te diga quién es, ¿verdad?

—Sí, ¿quién es?—insiste Nicomedes.

Mas, Desiderio está loco de verdad, y no sabe qué decir ni qué hacer. Menos mal que otro personaje viene a distraer la escena. Es don Ole, el padre de Ruperto, que acaba de llegar con una ambulancia en busca de su hijo, al que a toda costa quiere meter en el manicomio.

Hipólito le ha visto y corre a pre-

venir al pobre muchacho, que sigue sin bajar de la palmera.

—¡Señorito Ruperto!—le grita. —¡Señorito Ruperto, el carnicero que viene con dos loqueros para llevárselo al manicomio!

—¡Mi padre!—exclama Ruperto, bajando rápidamente y yéndose a ocultar en medio de los reunidos.

En efecto, don Olegario, acompañado de los loqueros, entra en la pista y con voz grave saluda:

—Felices, señores.

—Ola, don Ole—responde Desiderio.

Don Ole sigue buscando con la mirada a su hijo, al que entrevé detrás de Luisa, y con la más seductora de sus sonrisas le dice:

—Anda, Ruperto, hijo mío... despidete de estos señores, que nos vamos a dar un paseito en coche...

Ahora es Desiderio el que tiene ganas de hacer padecer a alguien, ya que tanto ha padecido él, y por lo bajo se dice:

—Ahora verás lo bueno...— Se dirige a don Ole diciéndole:

—Un momento, don Ole... Tengo el gusto de presentarle a mi hija Luisa.

—¿Cómo?—pregunta el buen hombre, creyendo haber oído mal.

—Mi hija Luisa, prometida de Ruperto desde hace cuatro años.

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?

—Pero, ¿no tenía usted un cadete?—Inquire don Olegario asustado.

—No hay tal cadete.

—¿Que no hay tal cadete? ¿Que usted tiene una hija? Que sí... que sí no. Muy buenas tardes, señores.

Y don Olegario se marcha riendo, loco de verdad y señalando a Luisa como a una cosa rara.

—¿Adónde va usted, padre?—le grita Ruperto.

—¡A que me encierren a mí, hijo!—responde don Olegario.

Por la avenida que conduce a Monterrey, un hombre, como días atrás, corre como un desesperado,

temiendo haberse vuelto loco de remate. Es el padre de Ruperto.

Y en Monterrey los personajes de esta novela celebran lo ocurrido, mientras Nicomedes, refiriéndose al padre de Ruperto, dice:

—¡Cómo lo habéis engañado, pobre hombre!

Desiderio ríe, sin darse cuenta de lo que ha oído, hasta que calla, mira a su hermano y vuelve a reír, si cabe con más fuerza.

Por los jardines del cabaret Luis y Mary tejen sus sueños de amor, y Ruperto besa a Luisa con furor. El sol se oculta lentamente y la calma renace en Monterrey.

FIN

No pida usted una novela
cinematográfica cualquiera

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

•

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

publicadas por **EDITORIAL ALAS** que es garantía de selección

Las grandes producciones-La mejor literatura-Los artistas célebres

SIEMPRE EN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarite Gautier . . .	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pirata . . .	Charles Collins
Mamá se casa	Lili Dagover
Las dos niñas de París .	C. Barchon
María Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway .	Robert Taylor
Los dos pilletes	Jacques Tavolet
Apuesta de amor	Gené Raymond
La visita de Aranello Lu pin	Warren William
Parja de hombres . . .	Mickey Rooney
Hócher Fieramosca . . .	Gino Cervi
¿Es mi hijo?	Lili Dagover
Bajo el manto de la no- che	Edmund Lowe
El mundo a sus pies . .	Lily Pons
Sepultada en vida . . .	A. Nazzari
Una pareja invisible . .	E. Bennett C. Grant
La mujer sin alma . . .	John Boles
El dominó verde	Danielle Darrius
Damas del teatro	Kath. Hepburn
El detective y su com- pañera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia .	Fred Astaire
Los defensores del cri- men	Richard Dix
Una aventura de la Pompadour	Kate de Nap
La última avanzada . .	Cary Grant
El poder invisible . . .	Boris Karloff
Melodía rota	Willi Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
Clarín del Moncayo (Los de Aragón) . . .	M. de Diego
La Delorosa	Rosita Olaz
Rumbo al Cielo	Miguel Ligero
El octavo mandamiento.	Lina Yagros
La voluta mora	María Arías

La millona	R. de Sentmenat
Kinconcito madrileño .	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
Melinas de viento . . .	Pedro Terol
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa . .	I. Argentina
El barbero de Sevilla .	Miguel Ligero
Carmen, la de Triana .	I. Argentina
Eran tres hermanas . .	Luisita Gargallo
Suspiros de España . .	Miguel Ligero
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Melodía de arrabal . .	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardel
Los hijos de la noche .	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligero
El crimen de mediano- che	Juan de Orduña
Martingala	Ramón Pereda
Rápido usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	Celia Cámar
Tierra y cielo	R. de Sentmenat
¡Al-Alá!	Maruchi Fresno
¿Quién me compra un lio?	Inés de Val
Melodía de arrabal . .	Maruja Tomás
En busca de una canción	I. Argentina
	C. Gardel
	Luchy Soto

NUESTRO TEATRO 1'50 ptas.

Los intereses creados .	J. Benavente
La taberna del puerto .	F. Romero y
Luluz Fernanda	Fernández Shaw
María de la O	León y Quiroga
Romance de Lala Men- tes	

El difunto es un vivo .	L. F. Ardevin
Los clavos	Prada e Iguino
Morena Clara	Carraño y Sevilla
La del monojo de rosas	Quintero y Guillén
La Malquerida	Ramos de Castro
	y Carraño
	J. Benavente

BIBLIOTECA VICTORIA

1 peseta

Los chubas de Barcelona (2.ª edición)

PRECIOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Joseph de Butte sur quercus

GALERIA DE DIFUSIÓN

DE



Uno de los muchos kioscos de
MADRID

cuya distribución y venta de las ediciones de
EDITORIAL ALAS.

está dirigida por

SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S.A.

2 Ptas.